



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Atellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarado, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herberos (Manuel), Blasco, Burell, Bui trago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomator, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cuesta (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fábila, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Haritzbusch Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata D. Guillermo, Mata (D. Pedro)-Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Rus de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Seixia Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
PRECIO DE LOS ANUNCIOS
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 Sencillos líneas.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Agosto de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—La Unión hispano-americana, por Ramón de Sanjuán.—Miguel de Cervantes Saavedra, por Eusebio Arquerino.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—El ciprés del cementerio, por Emilio Calzada Malcavado.—El Angel de la Tierra, por Ramón de Sanjuán.—La Liga de Manchester, por Joaquín G. Gámez Soldado.—Pobres mujeres, por R. Ortiz y Beneyto.—La confesión de Sofía, por J. Franco Rodríguez.—Espronceda (poesía), por Luis Moreno Torralva.—Lauaa, por Miguel Martínez Franco.—América y Castilla, por Antonio Vela Buruaga.—Pintores españoles contemporáneos, por R. Navarro Reza.—Rivera, por Juan José, por Joaquín Dicenta.—El cólera, por Arturo Vela Buruaga.—La mujer, por R. Ortiz y Beneyto.—A Rosita, por Miguel Martínez Franco.—Los paisanos, por José Zahonero.—Sonrisas (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

para que dejen de practicar en ellos actos de soberanía que España, en ningún caso, podría consentir.

C. MALAGARRIGA.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Méjico era una ciudad construida con admirable solidez sus casas; al mismo tiempo que llenas de poesía, especialmente el emperador, poseía palacios para diferentes usos, entre los que sobresalía uno con grandes y magníficas columnas de jaspe, formando anchurosas galerías, donde habitaban las aves más bellas y admirables, pintadas sus plumas por la Providencia con colores delicados, y llenaban aquel laberinto de dulces melodías; en estanques, compuestas sus aguas según la calidad del pez, existían éstos, que con su serpentear hacían brillar sus doradas escamas á los rayos del sol; en otro de los patios, igualmente que el primero, las aves de rapiña abundaban; en el tercer patio ó galería, las fieras daban al aire su feroz rugido, apresadas en fuertes jaulas; éstas eran presentadas al rey como regalo ó ya eran cazadas por los monteros de palacio, pues era mucha la afición de Motezuma á esta clase de diversiones; cuando salían á la caza á uno de sus prados favoritos, rodeado de anchuroso canal, esperaba que llevasen las piezas por donde él estaba; éstas, instigadas por los ojeadores, pasaban por donde esperaba el príncipe, entre las que solían ir algunas fieras, siendo las más comunes el león, que varios de estos pasaron luego al palacio de Motezuma. A este lo rodeaban siempre multitud de soldados, preparados á la defensa, no de su vida, sino á la del tirano; no era ciertamente el miedo el que le obligaba á tomar estas medidas, sino que, como emperador, debía estar siempre rodeado de boato y vigilancia, pues según él, el rey debe ser siempre rey y nunca hombre, porque al dejarse llevar por la pasión de tal ó cual placer sin estar con la seriedad de la augusta persona, pierde ante sus súbditos por un mo-

mento la autoridad moral, y eso es lo que hay que evitar; digno ejemplo, rey y no hombre.

El valor de Motezuma estaba probado, pues para llegar al solio deben hacer multitud de actos, que llevan al pueblo el convencimiento que es digno príncipe de un país guerrero, y gustaba tanto de la milicia, que tenía palacios armerías, donde existían toda clase de armas ofensivas y defensivas, ricamente construidas con láminas, muchas de ellas de precioso metal; igualmente era precavido que dado al lujo; había fábricas de armas y municiones, con diferentes talleres; en uno, adelgazaban las varas; en otro, construían con pedernal los filos de las espadas y lanzas, y otro era el encargado de colocar estos pedernales á la madera, pasando luego á los almacenes, de donde salían para todo el imperio, asemejándose á nuestros parques; era este príncipe dado á la novedad y creación, así es que desde el palacio suntuoso de la alegría, se trasladaba al de la tristeza, donde purgaba en la oscuridad el delito de sus crímenes; todos ellos estaban rodeados de magníficos jardines, donde sólo era dable á la flor ostentar su belleza, y todas juntas, llevadas por la mano maestra de hombres que cuidaban de ellas con esmero que estudiaban sus virtudes y buscaban sus nombres, formaban cuadros asombrosos, en cuyo alrededor corría el agua bienhechora, lamiendo sus tallos, dando vida á su organismos vegetal y poetizando aquellos lugares con el platear propio del limpio líquido; entre éstas existían hierbas medicinales, que se daban al pueblo, pues creía Motezuma, y creía bien, que todo rey debe cuidar de la salud de su pueblo; á él debe Méjico sus aguas, que las trajo de largas distancias, las internó en la ciudad bajo superficie, dió fuentes al público, las llevó á sus jardines, y con el gusto casi oriental de los mejicanos, formó uno de los pueblos más ricos y poéticos del Nuevo Mundo, y tanto se ensobreció con la construcción del canal, que hizo grabar en la piedra la efigie de su padre y la suya, para que los siglos venideros contemplasen su obra, y al mirar en las aguas que lleva encauzadas, viesen el poder y riqueza de aquel rey, que no sacrificó riquezas y sangre para que se le admirase en lo futuro.

Motezuma no desperdiciaba medio alguno para satisfacer las crecientes necesidades que tenía, tanto como rey que como hombre; en cuanto á lo primero, sometía á grandes tributos á sus súbditos: á los ricos, en hom-

REVISTA POLÍTICA

Grave conflicto se avecina.

Según ha participado el gobierno alemán al español, considerando que las islas Palaos, Marshall y Carolinas, situadas al E. de Filipinas y al S. de las Marianas, no son de nadie, trata de establecerse en ellas.

La noticia de lo que en seguida se ha llamado el atentado de Alemania, ha provocado en toda España una dolorosa sorpresa y en Madrid una manifestación popular, cual nunca se había visto.

Todos los partidos, todas las clases sociales unidas al grito de ¡viva España! han desfilado por las principales calles de la villa, demostrando un entusiasmo de buen agüero para cuantos creen todavía que el papel de España en el mundo no ha terminado todavía.

A estas horas se preparan varias manifestaciones en distintos puntos, y todo induce á creer que el gobierno alemán, convencido de nuestros derechos, dará orden á los buques que al archipiélago hispano carolino ha enviado

bres y dinero al estilo de nuestros señores feudales, que tenían que ayudar al rey en caso de guerra con todo aquello que poseían; los pobres, no pudiendo hacer esto por la escasez de sus recursos, eran los encargados de llevar los presentes de un punto á otro, dar la tercera parte de sus escasos bienes al déspota señor. Creó el príncipe escuelas donde desde la más tierna edad se les enseñaba todos los movimientos propios para la agilidad del hombre de armas, la historia la aprendían con cantinelas, y cuando tenían edad suficiente, eran dedicados á aquello que más afición tuvieron; pero quedando siempre apto para la guerra, pues Motezuma entendía, y entendía bien, que todo ciudadano, después de haber hecho por la patria cuanto le fuese posible con el trabajo de sus brazos, en ocasión peligrosa, para mantener la paz, que tan fructífera le había sido, debía derramar su sangre antes que ver humillada la nación á otro pueblo enemigo; la integridad del territorio era una de sus constantes pesadillas, y así es que buscó cuantos medios le fueron dables para la destrucción del español, que iba á profanar con la planta el suelo sagrado del imperio Motezuma. ¡Qué dichosos serían aquellos hombres en el momento mismo que empuñasen una arma para la defensa de su patria! Hoy, desgraciadamente, se tiene más sangre fría para estas negociaciones, como si cada minuto que pasa no fuera ignominiosa afrenta para un pueblo que deja que le quiten un trozo de su territorio, ó ponen en duda éste, el derecho establecido en aquel país era duro, pero beneficioso para el imperio; á los encargados de la administración del pueblo, ó sean los ministros, se les aplicaban leyes especiales, siendo responsables con su cabeza de cuantos actos hiciesen; el más castigado y el que no tenía réplica alguna era el de la integridad del territorio, castigándolos con la última pena, como los encargados de velar por el honor de la patria.

La justicia se suministraba por tribunales, dividiéndose en tribunal civil y militar, había un Consejo de Estado, que era presidido por el rey, donde se deliberaban los asuntos de mayor importancia, en las ciudades existían jueces que venían á ser alcaldes del rey, llevando una vara en representación de la autoridad, los juicios eran públicos siendo verbales, pasando luego á la sanción real. Era, pues, como se ve el rey el absoluto señor de vidas y haciendas, pues á pesar del fallo de los tribunales, derogaba las sentencias cuando le parecía injusta, ó no le convenía, sus súbditos lo admiraban como Dios, como si un rey por tener diadema pudiera tener origen divino, el que verdaderamente pudiera estar inspirado en las sublimidades divinas, es aquel que siguiendo las doctrinas y ejemplo del Redentor, tiene por norma la libertad y por lujo la modestia. E nos enseñó que el hombre es igual ante Dios y ante la ley, porque todos descendemos de un mismo padre y hemos de quedar por iguales reducidos á la nada, divinidad grandiosa, poder admirable que no ha menester de la apariencia para hacerse respetar, ni de la fuerza para hacerse temer; la sencillez llena de verdad, atraen el respeto y la libertad para ser creído y poner en discusión sus doctrinas, llevan el temor.

La libertad, pues, encierra el origen de la divinidad; el absolutismo, la inspiración de la conveniencia propia; la libertad, pone al alcance de todos la discusión del punto dudoso; el absolutismo, el miedo á la fuerza por él empleada; lo primero, se encuentra representada por una bella matrona; lo segundo, por el murciélago nocturno y por las bayonetas, ambas cosas no admitidas por el progreso moderno.

(Se continuará.)

RAMÓN DE SANJUÁN.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El día 18 de Setiembre es una fecha célebre en los anales históricos y literarios de nuestra patria.

Se trata del cautiverio en Argel y de su rescate, del autor inmortal de *Don Quijote de la Mancha*.

La precara y nobilísima estirpe de Cervantes, que desde Galicia se trasladó á Castilla, según dice el erudito marques de Mondéjar, no envidia á los más esclarecidos linajes de Europa.

No entra en nuestro propósito el de remontarnos á muy lejanos tiempos para demostrar el aserto de Mondéjar, y nos limitaremos á asentar que D. Juan de Cervantes, corregidor de Osma, tuvo un hijo, D. Rodrigo, quien casó en el año 1540 con doña Leonor de Cortines, señora ilustre, natural de Barajas.

Fueron fruto de este matrimonio Andrea, Luisa, Rodrigo y Miguel de Cervantes, que como es sabido, nació en Alcalá de Henares

y fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor el 9 de Octubre de 1547.

Estudió la gramática y las letras humanas con el erudito maestro D. Juan López de Hoyos, catedrático respetable, natural de Madrid.

Este fué encargado de los geroglíficos y alegorías en las magníficas exequias que costeó la villa, celebradas en las *Descalzas Reales*, en 24 de Octubre de 1568, por la reina doña Isabel de Valois.

El maestro López Hoyos, en su historia, hizo mención de su *amado discípulo*, insertando el primer epitafio y cuatro redondillas, obra de Cervantes, y una elegía en tercetos, compuesta en nombre de todos sus condiscípulos, en la que se lamentaba de la presteza con que la reina había sido arrebatada por la muerte.

Esta elegía, según el juicio crítico de Hoyos, contenía delicados conceptos y estilo elegante, y fué dirigida al cardenal D. Diego de Espinosa, presidente del Consejo é inquisidor general.

Cervantes había asistido á las representaciones del famoso Lope de Rueda, cuyos versos retenía en su memoria.

Se conjetura que estudió en Salamanca, donde pudo adquirir el conocimiento de las costumbres de aquella ciudad, que resalta en la segunda parte del *Quijote* y en las novelas de *El Licenciado Vidriera* y de *La Tía Fingida*.

Vino á España Julio Aguaviva y Aragón, legado del Papa Pío V, con exigencias eclesiásticas que no fueron del agrado del monarca Felipe II, quien le expidió inmediatamente el pasaporte fechado en Aranjuez á 2 de Diciembre de 1568.

Aguaviva era aficionado á las letras, y sin duda los sentidos versos que Cervantes compuso en las exequias de Isabel de Valois, y la escasa suerte del poeta, le impulsaron á llevarle á Italia en su compañía, con el título, al parecer de camarero.

Poco tiempo permaneció en el servicio doméstico, porque al año siguiente sentó plaza de soldado en las tropas españolas residentes en Italia.

«El ejercicio de las armas—son sus expresiones—dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.»

En el tercio de D. Miguel de Moncada, Cervantes, embarcado, hizo la campaña contra los turcos, que se habían apoderado de la isla de Chipre, que poseía Venecia, y el Papa Pío V, el rey de España, y el señorío de Venecia, se confederaron contra Selim II; mas por las discordias de los confederados, los turcos se apoderaron por asalto de Nicosia, y Chipre no pudo ser socorrida.

Se hicieron nuevos aprestos, y fué nombrado generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra, D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, y hermano de Felipe II.

Cupo á Cervantes ser destinado con su compañía, á las órdenes del capitán Urbina, á la galera «Marquesa de Doria.»

Después de haber socorrido á Corpi, se descubrió la armada enemiga en la mañana del 17 de Octubre, hacia las bocas de Lepanto.

Cervantes, enfermo de calenturas, á pesar de querer persuadirle su capitán y sus camaradas, que no tomase parte en la acción naval, y que permaneciera quieto en la cámara de la bodega, respondió su valor militar que prefería morir peleando por su patria y por su rey.

Pidió que se le colocara en el paraje de mayor peligro, y descendiendo con sus deseos, se le colocó con doce soldados junto al esquife, donde peleó con tan esforzado denuedo, que sólo los de su galería mataron más de mil turcos, al comandante de la «Capitana de Alejandria», y se apoderaron del estandarte real de Egipto.

Empezó el ataque poco después de mediodía, y terminó al anochecer con la victoria más gloriosa de los confederados, haciendo memorable el día 7 de Octubre de 1571.

Cervantes recibió en la refriega tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano iz-

quierda, que le quedó manca y estropeada, de la cual hizo honorífico alarde en toda su vida, porque el soldado, decía, «más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga.»

En Mesina, Cervantes entró en el hospital para curar sus heridas, donde recibió los socorros y aun la visita de D. Juan de Austria, asistido por su médico de cámara, que lo había sido de Carlos V, el doctor Gregorio López, y se le concedieron además tres escudos de ventaja al mes.

Restablecido de sus heridas, fué á Corfú en las galeras del marqués de Santa Cruz; se halló en la jornada de Levante, al mando de Colona, en la empresa de Navarino, en la expedición de Túnez y en la toma de la *Goleta*.

Los turcos se apoderaron por asalto de la *Goleta*, que no pudo socorrer D. Juan de Austria, por haber quebrantado sus naves una terrible tempestad.

Cervantes estuvo con su tercio en la isla de Cerdeña; luego en Sicilia, á las órdenes del duque de Sesa, y restituyéndose á Nápoles el príncipe D. Juan, el 18 de Junio de 1575 concedió, poco después, á Cervantes, la licencia para volver á su patria, dándole cartas de recomendación para el rey, como igualmente el duque de Sesa, rogando á S. M. que le concediera el premio merecido por sus servicios extraordinarios.

Abandonó la Italia, de la que abundan bellas descripciones en sus obras, ricas de erudición, de doctrinas y de ingenio, adquiriendo la elevación de espíritu y la energía de carácter con el trato de los hombres sabios, el conocimiento del mundo y su profunda meditación.

Con esperanzas fundadas de ser remunerados sus servicios, se embarcó en Nápoles con su hermano Rodrigo en una galera, la que fué apresada en alta mar el día 26 de Setiembre de 1575 por una escuadra de galeotes, mandada por Mamí, capitán argelino, á quien cupo ser el dueño de Cervantes en el repartimiento de los esclavos.

Mamí era un monstruo cruel y codicioso, quien al leer las cartas del príncipe de Austria y del duque de Sesa, juzgó que Cervantes era uno de los caballeros más principales de España, le cargó de cadenas y le trató con feroz dureza, para que activase los medios de salir del cautiverio, avaro de un rescate muy crecido.

En efecto, algunos de los cautivos rescatados llevaron cartas de Cervantes á sus padres, pintándoles su horrible situación, y D. Rodrigo vendió todos sus bienes, las dotes de sus hijas, quedando reducido á la pobreza, pero este sacrificio no fué aceptado por Mamí, que exigía mayor cantidad, y la enviada sirvió para alcanzar la libertad de su hermano Rodrigo, que también había peleado en Italia.

Cervantes recomendó á su hermano que, al llegar á Valencia, fletase una galera para embarcarse en ella él y todos los cautivos presentes á este encargo, el que Rodrigo cumplió fielmente, pero al arribar la fragata á Argel, fué apresada por la delación de un renegado, que fingió reconciliarse con la iglesia para vender á Cervantes, que confiaba en su promesa.

Otros proyectos de evasión, concebidos por Cervantes, fueron también descubiertos, y el padre *Haedo*, en su historia y topografía de Argel, dice hablando de Cervantes. «Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque á nada menos aspiraban sus intentos». El padre *Haedo* era autor contemporáneo.

El padre de Cervantes había muerto, abrumado por la pesadumbre de no ver libre á su hijo; su madre, ayudada de su hija Andrea, pudo entregar á los religiosos de la orden de la Trinidad y de la Merced, 300 ducados, cantidad que distaba mucho de la que reclamaba el codicioso berberisco, quien cesando en su bajalato, había amarrado al remo á Cervantes para conducirlo á Constantinopla.

Los padres Juan Gil y Fray Antonio de la Bella, se vieron obligados á buscar 220 escudos para cubrir la suma exigida, y libertaron

de su cautiverio á Cervantes el día 18 de Septiembre del año 1579.

EUSEBIO ASQUERINO.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPITULO QUINTO.

De la moralidad de los Pontífices.—La Papisa Juana ante la historia.—Noticias estadísticas de los Papas.

I

Se sostiene aún por algunos fanáticos «que el poder temporal es la sanción, propiamente dicho, del espiritual, como quien dice, una garantía de su independencia». Si esto fuese cierto, que no lo es, preciso será confesar que durante seis siglos, desde el IX hasta el XV, no ha tenido el Papa un sólo momento de independencia.

Recorriendo la historia no encontraremos un sólo Papa que no haya sido desterrado, ó espulsado de sus Estados, ó preso, ó maltratado, ó asesinado por el pueblo, por los señores ó por los príncipes. Y si nos extendemos á los primeros tiempos del papado veremos cómo doscientos noventa y tres Papas que han ocupado la silla pontifical de Pedro, hasta Pio IX, el apóstata, treinta y dos fueron llamados usurpadores (*anti-papas*), y de los doscientos sesenta y un Papas reconocidos como legítimos, veintinueve fueron muertos violentamente, esto es, diez y ocho envenenados, cuatro asesinados, y los trece restantes por otros medios violentos.

Benito VI fué muerto extrangulado.

León III mutilado.

Juan XVI apaleado.

Juan X ahogado.

Gregorio VIII por el hambre.

Lucio II á golpes por las piedras.

Juan XIV de hambre y sed.

Gregorio XVI en una jaula de hierro.

Clemente V quemado en su lecho de agonía.

Celestino V por un clavo metido por las sienes.

Bonifacio VIII se suicidó.

Urbano VI precipitado de su caballo.

Pablo II machacado por su propia tiara.

Pio IV, ese monstruo de iniquidad, que algunos comparan por sus instintos lascivos á Adbul-Azix (1), de excesos, en los brazos de una mujer.

Benedicto V envenenado.

Gregorio V derrocado.

Victor II envenenado.

Juan XII fué depuesto por Otton y después aporreado por un marido cuya mujer había seducido.

Gregorio VIII murió en el destierro, después de haber sido arrancado del altar, arrastrado fuera del templo y encerrado en una fortaleza.

Pascual II es agarrotado por Enrique V.

Benedicto XI fué envenenado por Felipe el Hermoso.

Lucio II apedreado por el pueblo.

Sesenta y cuatro Papas, de doscientos sesenta y dos, han perecido por causas extraordinarias, sin contar veintitres muertos repentinamente, unos de tristeza, otros por los reveses de la suerte y los más por causas que aún se igno-

(1) El actual Papa turco tiene hoy en su harem 900 mujeres. Pero á decir verdad, el gran Papa no tiene más que tres esposas legítimas y una hermosura maravillosa, á saber:

Dousuel (la nueva perla).

Hairarane-Dill (corazón excelente).

Eda Dill (elegancia de corazón).

Los eunucos, camareros, guardias, cocheros, encargados de llevar las pipas y otros servidores, ascienden á 2.300.

Todos los días se ponen 500 mesas en el Serrallo y dos veces al día se sirven 6.000 platos.

¡¡¡Qué Papa!!!

an, como Gregorio IX, Inocencio IV, Paulo III, Gregorio XIII, Paulo IV y Pio VI.

Veintiseis fueron depuestos, ó expulsados, ó extrañados del reino (sin contar con las Papas de Aviñón), y entre ellos Juan XIII que fué desterrado por los nobles; Bonifacio II, que fué expulsado por el pueblo, como Ariano IV, Alejandro III, Gregorio IX, Inocencio III, Eugenio IV, Honorio III, Juan XXII é Inocencio IV.

Treinta y cinco Papas fueron herejes, entre ellos los primeros trece que no creyeron en la Divinidad de Cristo; despues Zeferino, Corneille, Marcelino, Silvestre I, Marcelo, Melchiades, Tiberio, Dámaso, Eleuterio, Inocencio I, Bonifacio II, Virgilio, Zoxinos, Félix III, Honorio I, Hormisidias, Juan II, Anastasio, Gregorio el Grande, Adriano I, León III, Juan VIII, Silvestre II y Gregorio VII.

Muchos Papas fueron acusados de asesinos, como Pelagio I, Pio V y Sixto IV.

Cuarenta y uno apelaron al extranjero para hacerse sostener en la silla pontificia y poder así conservar el poder temporal, entre ellos cuéntase á Gregorio III, Esteban II, Adrian, León III, Juan VIII, Formoso, Juan XII, León VII, Benedicto VII, Nicolás II, Lotario II, Eugenio II, Urbano II, Nicolás III, Bonifacio VIII, Juan XXII, Inocencio VI, Urbano VI, Juan XXIII, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, León X, Clemente VII, Gregorio XVI y Pio IX el apóstata.

Napoleón III abrió la serie de los Papas nepotistas.

Sería demasiado pesado enumerar aquí los Papas llevados de una ciudad á otra errantes, vagamundos, sin techo y sin hogar, durante el gran cisma de Occidente, y cuyos repetidos escándalos están aún presentes en la memoria de todos los pueblos.

Diremos en resumen:

Noventa Papas muertos violentamente, expulsados, desposeidos y extrañados del reino.

Treinta y cinco que merecían la misma suerte, siendo infieles á la institución pontifical.

Cuarenta y uno que hubieran sufrido igual suerte sin el auxilio de las bayonetas extranjeras.

Total: ciento sesenta y nueve Papas han sido los malos, entre los doscientos sesenta y dos que han gobernado la llamada Iglesia de Cristo.

¿Qué instituciones, qué dinastía presenta en el mundo semejante historia?

Ninguna.

Por eso al adquirir el Pontificado en el siglo XV y XVI una sombra de soberanía, el Papa no adquiere más autoridad, ni mayor independencia.

Sixto IV puede dar principados á su sobrino y hacer asesinar á los Médicis.

Alejandro VI logra hacer de su hijo César de Borgia, el más poderoso príncipe de Italia.

Julio II vence á la familia de los Borgia y la destrona.

Pio V hace quemar vivo á Giordano Bruno.

Gregorio XIII celebra con frenética alegría la noche de San Bartolomé.

Paulo III entrega Parma y Plasencia á los farnesios.

Poco importaba ya esto. El papado está perdido y no figura desde el siglo IX en la política de Europa más que por sus humillaciones y constantes escándalos, así es que desde el siglo XV todo son reveses para la corte de los Pontífices.

El condestable de Borbón toma á la Ciudad Eterna por asalto, la entrega á todos los horrores del pillaje, del incendio, de la violencia, del hambre y de la peste. Sus virgenes fueron violadas, sus templos profanados, el Vaticano convertido en un matadero y Clemente VII entre las redes de soldados extranjeros, para que tres años más tarde se viera obligado á colocar por sus propias manos la corona imperial sobre las sienes del joven Carlos V.

Paulo IV veinticinco años después, intenta

resistir á las exigencias de la corte de España y vió llegar al Duque de Alba á los muros de Roma. Al ver amenazada el Pontífice la Ciudad Eterna, á un nuevo saqueo, se somete avergonzado á las bayonetas extranjeras y de rodillas pide la paz.

Siete años después... pero ¿á qué continuar esta triste relación de desastres para el papado? ¿A qué recordar que Urbano VIII era el juguete y desprecio de Richelieu? ¿A qué consignar que Alejandro VII fué ultrajado por Luis XIV? ¿A qué referir que en el siglo XVIII los Estados pontificios son arrasados dos veces, en 1735 y 1742, por los austriacos y españoles? ¿A qué recordar aquí que Pio VI fué el blanco de Napoleón I, y Pio IX, el apóstata, el monote de la política de Napoleón III, primeramente, y de Victor Manuel después? ¿A qué recordar las vicisitudes del papado en el presente siglo, los treinta y cinco años de ocupación austriaca y los veinticinco de ocupación francesa, que terminó con el poder temporal?

II

Pero para que la historia del pontificado tenga entre sus páginas de escándalo una que es novelesca, á la vez que rara por lo que tiene de grotesca y vergonzosa, recordaremos aquí entre todos los Papas á una mujer que logró empuñar la tiara y ocupar un nombre en la cronología de los Pontífices romanos; suceso que en vano han querido negar esos historiadores neo-católicos que guiados por su fanatismo ó por otros móviles más secundarios, intentan de una plumada borrar el recuerdo histórico que dejó en la Iglesia romana una atrevida mujer que engañó al mundo cristiano fingiéndose hombre y haciéndose elegir Papa. La vida de esta mujer, y su muerte está sembrada de rasgos poco edificantes para los que defienden las glorias del pontificado.

Todos los que están familiarizados con la historia de la Iglesia de Roma saben que en el siglo IX una mujer, disfrazando su sexo, fué elegida Papa, y alcanzó sentarse en la llamada silla de San Pedro y gobernar la Iglesia durante dos años. Pero la gran mayoría ignora el origen y la historia de esta mujer célebre.

A principios del siglo IX, Carlo-Magno, después de haber subyugado á los sajones, quiso convertir al cristianismo estos pueblos valientes y guerreros, y mandó buscar á Inglaterra eclesiásticos ilustrados para que le ayudasen en la ejecución de su empresa. En el número de los profesores que pasaron á Alemania con este objeto, se encontraba un sacerdote inglés, acompañado de una hermosa joven que había robado á su familia y traído con él para que sus padres no supieran su estado de embarazo.

Los dos amantes tuvieron que interrumpir su viaje y pararse en Engelhein, pequeña población del Palatinado, ya célebre por haber sido donde nació Carlo-Magno. En esta villa, la joven inglesa dió á luz una niña, que se bautizó con el nombre de Juana...

Diez años después de este acontecimiento, Juana llegó á ser una hermosa niña, y su inteligencia precoz se desarrolló de tal manera con las lecciones asiduas de su ilustrado padre, que sorprendía á todos los doctores que hablaban y disertaban con ella. Esta admiración que inspiraba aumentó aún más su ardor por el estudio y la ciencia, y á los doce años su instrucción igualaba á la de los hombres más ilustrados del Palatinado. Pero cuando Juana llegó á la edad en que las mujeres principian á amar, la ciencia fué insuficiente para satisfacer las aspiraciones de su imaginación, y el amor vino á cambiar su destino.

En casa de su padre veía á un joven discípulo, igualmente de nación inglesa, y monje de la abadía de Fulde. Tuvo amores con él, y consintió en escaparse, siguiéndole á su abadía. Vistióse de monje, y con él se presentó al superior ó pa-

dre, quien engañado por el disfraz, la recibió en su monasterio y la confió á la dirección del sabio Rabán Maur para instruirlo.

Al poco tiempo la situación de los dos amantes se hizo tan violenta y difícil, que determinaron dejar la abadía y pasar á Inglaterra para continuar allí sus estudios llegando en poco tiempo á ser los más eruditos de la Gran Bretaña. Después decidieron recorrer nuevos países para estudiar sus costumbres é idiomas y completar así sus conocimientos. En primer lugar visitaron Francia, en donde Juana, siempre con el traje monacal, sostuvo polémicas con los doctores franceses, excitando la admiración de los hombres más notables, como San Auscain, el monje Bertrams y el abad Loup de Ferrieres. Después de este primer viaje se dirigieron á Grecia, embarcándose en Marsella.

El buque los condujo á la capital de los helenos, la antigua Atenas, que era entonces el centro verdadero de las ciencias y bellas letras, y poseía además escuelas y academias cuyos profesores eran reconocidos como los más sabios é ilustrados.

Cuando llegó á este hermoso país tenía entonces veinte años, y encontrábase en todo el apogeo de su hermosura: pero su traje ancho y largo disimulaba las formas de la mujer, y su semblante pálido, por efecto de sus estudios prolongados, le daba más bien el aire de un joven enfermizo.

Durante diez años los dos enamorados ingleses vivieron bajo el hermoso cielo de la Grecia, rodeados de todos los hombres ilustrados en las ciencias, adelantando al mismo tiempo en sus estudios sobre filosofía y teología. Bajo la dirección de profesores tan sabios é ilustrados, Juana había profundizado todo, lo había comprendido y explicado todo; y reuniendo á estos conocimientos universales una elocuencia prodigiosa, asombraba y llenaba de encanto á todos los que la escuchaban.

En medio de sus triunfos merecidos, Juana recibió un golpe terrible. El compañero de sus viajes y estudios, su amante cariñoso, el que desde hacía muchos años no se había separado nunca de ella, cayó enfermo de gravedad y murió casi repentinamente, dejándola desgraciada, sola y aislada sobre la tierra.

Su misma desesperación hizo que Juana encontrara más animo para luchar con los azares de su vida. Dominó su aflicción y se resolvió á dejar la Grecia.

Además ya le era muy difícil no dar á conocer su sexo en un país donde los hombres llevaban la barba muy larga.

En consecuencia, se dirigió á Roma, porque allí la costumbre prohibía á los hombres llevar barba. Acaso no fué este el único motivo que la hizo escoger á Roma. Las peleas y divisiones que trastornaban esta capital del orbe cristiano, podían ofrecerle un teatro más adecuado á su ambición que el de la Grecia.

Tan pronto como llegó á la Ciudad Eterna, Juana se hizo recibir en la Academia, que se denominaba entonces «Escuela de los Griegos», para enseñar las siete artes liberales y particularmente la retórica. Ya San Agustín había dado mucho lustre á esta escuela.

Juana aumentó su reputación, y además de seguir con sus lecciones ordinarias y diarias, inauguró cursos de ciencias abstractas que duraban tres años, y á los cuales asistía un inmenso auditorio, admirado de su profunda ciencia. Sus lecciones, sus discursos, como sus improvisaciones, estaban dotadas de tanta elocuencia que el joven profesor era considerado como el genio más grande del siglo, y los romanos, llenos de admiración, le daban el sobrenombre de príncipe de los sabios. Los señores eclesiásticos, monjes y particularmente los doctores, se lisonjaban de ser discípulos suyos. Un autor llamado Marciano, hablando de ella dice: «Su conduc-

»ta era tan noble como sus talentos; la modestia de sus discursos y la excelencia de sus buenas obras brillaban como un sol á los ojos de los hombres.»

Lo que se supuso, y lo que pareció ser cierto fué que Juana tenía entonces proyectos ambiciosos y culpables, que con estos medios esperaba atraerse los votos de la mayoría de los romanos. En efecto, la poca salud del Papa León IV hacía que los clérigos formaran intrigas y celebraran reuniones, declarándose en una de ellas á favor del monje Juan, el inglés, y publicando en las calles de Roma que éste era el único digno de sentarse en la silla de San Pedro.

Así fué. Después de la muerte del Papa, los cardenales y clero con el pueblo le eligieron por unanimidad para gobernar y dirigir la Iglesia de Roma. Juana fué ordenada en presencia de los comisarios del emperador de Italia en la basilica de San Pedro por tres obispos. Después, habiéndose revestido de los ornamentos pontificales y seguida de un cortejo numerosísimo, se puso en marcha hacia el palacio patriarcal y se sentó en la silla apostólica.

Una vez alcanzada la suprema dignidad de la Iglesia, Juana ejerció esta autoridad del vicario de Jesús con tanta sabiduría, que causó la admiración de toda la cristiandad. Confió las órdenes sagradas á los prelados y á los eclesiásticos. Consagró altares y basílicas. Administró los Sacramentos á los fieles, dando á besar sus piés á los arzobispos, abades y príncipes. En fin, cumplió honrosamente con todos los deberes del pontificado.

Dirigió con muchísima habilidad los asuntos políticos de la corte de Roma y por influencia suya el emperador Lotario, ya viejo, determinóse á abrazar la vida monástica y se retiró á la abadía de Prum, con el fin de hacer penitencia de los numerosos crímenes que había cometido durante su larga vida. Consta además, por un documento que existe en la obra ó colección de *Gratiam*, que Juana concedió á esta abadía de Prum el privilegio de una prescripción de cien años. Después de este acontecimiento fué emperador Luis I, el cual recibió la corona de manos de Juana.

Pero esta mujer, Papa, que infundía tanto respeto á los soberanos de la tierra; que tenía los pueblos encadenados á sus leyes; que se había atraído la veneración del orbe entero por la superioridad de su inteligencia y su sabiduría, así como por la pureza de su vida, esta mujer debía caer de tan elevado puesto, y con su caída asombrar al pueblo romano.

Hemos dicho que Juana, ocupada y abismada en estudios graves, había tenido una conducta ejemplar después de la muerte de su amante.

En los primeros tiempos del pontificado puso en práctica todas las virtudes que le habían conquistado el respeto y el cariño de los romanos; pero más tarde, y andando el tiempo, ya porque se encontraba fatalmente arrastrada, ya porque las coronas tengan el privilegio de trastornar las naturalezas más elevadas, Juana se entregó completamente á los goces del poder soberano, y quiso partir éste con un hombre. Amó por segunda vez y fué amada.

Se aseguró de la discreción de su nuevo amante á fuerza de honores y riquezas, y éste guardó tan bien el secreto de sus relaciones, que nunca se supo de cierto quién era el favorecido de Juana. Sin embargo, la opinión más general de los historiadores es que fué un clérigo cardenal de una de las iglesias de Roma; no obstante, el misterio de sus amores hubiera quedado impenetrable si la naturaleza, burlándose de todas las previsiones más prudentes, no se hubiera encargado en darlo á conocer; pues Juana llegó á ser madre.

En la época de las Rogaciones, que corresponde á la función anual que los romanos llamaban *Ambanalia*, fiesta que se celebraba por me-

dio de una procesión imponente, el Papa, según costumbre establecida, montó á caballo y se dirigió á la iglesia de San Pedro, revestido de los ornamentos pontificales, precedido de la cruz y de las banderas sagradas, seguido de los metropolitanos, cardenales, clérigos, señores, magistrados y de una inmensidad de gente.

Después, y con todo el ceremonial acostumbrado en semejantes ocasiones, salió de la catedral para ir á la iglesia de San Juan de Letran. Pero habiendo llegado á la plaza pública, entre la basilica de San Clemente y el anfiteatro de Domiciano, llamado Coliseo, los dolores del parto se hicieron sentir con tanta violencia, que, no pudiendo aguantar más, soltó las riendas del caballo y se dejó caer al suelo. Esta caída precipitó aún más el suceso; y la desgraciada, retorciéndose y gimiendo de un modo lastimoso, en medio de las convulsiones, dió á luz una criatura. Pero la humillación, la vergüenza y la desesperación, unidas acaso á la falta de socorro en medio de la confusión y del escándalo producido por semejante acontecimiento, hicieron que espirase á los pocos momentos.

Así murió Juana el día de las Rogaciones, en el año 855, después de haber gobernado la iglesia de Roma durante poco más de dos años.

Los historiadores dicen que su niño pereció en el acto ahogado por los fanáticos.

A pesar de este suceso, los romanos, en recuerdo del respeto y cariño que habían profesado á Juana, la tributaron los últimos honores, pero sin pompa ni aparato. Colocaron á su lado á su niño y la enterraron en el mismo sitio donde había ocurrido la catástrofe, y en el que se edificó una capilla con una estatua representando á Juana con las insignias de Papa y teniendo en sus brazos á un niño.

Más tarde el Papa Benedicto III hizo romper esta estatua en los últimos años de su pontificado; pero la capilla existió hasta el siglo XV.

Cuando se eligió el sucesor de Juana establecióse la costumbre de exponer públicamente al nuevo Papa medio echado, con el traje desabrochado, de manera que á simple vista, la gente pudiera asegurarse del sexo varonil de éste. Esta formalidad existió bastante tiempo, y muchos Papas tuvieron que someterse á ella después de su elección.

III.

El recurso histórico de la Papisa Juana, como los demás que apuntamos en este capítulo, referentes á otros muchos Pontífices, basta y sobra para saberse que los Papas han sido unos pobres pecadores como todos los demás hombres, con la diferencia de que en su inmensa mayoría presentan más ambiciones, ostentan más vicios que tuvieron por lo común otros tantos pecadores que han muerto maldecidos por la propia Iglesia católica, como indignos de la indulgencia de Dios.

Y sin embargo de que esto es una verdad al alcance de todo el que conozca la historia dicen algunos hipócritas (afectando cierta candidez que está lejos de confundirse con la del creyente fanatizado): apoyemos fuertemente, protejamos todos al Papa, porque así sostendremos la Iglesia católica que ha sido en todos los tiempos ejemplo de grandes virtudes y modelo de paz y mansedumbre evangélica.

Los que esto sostienen hacen la apoteosis del Papado diciendo que ochenta y dos Papas han sido canonizados como santos, treinta y uno como mártires, y cuarenta y tres confesores. San Agatha fué el único que pasó de los cien años de edad, siendo también el único, después de San Pedro, que puede ser honrado con el título de milagroso. Murió á la edad de 107 años, en 682, habiendo gobernado la silla apostólica sólo tres años, seis meses y quince días. Gregorio IX murió á la edad de 98 años; Celestino III y Gregorio XII á la de 92; Juan XXII á la de 90; Clemente XII á la de 88, y Clemente X á la de 86. Y siguiendo estas noticias añadiremos que

15 Papas han sido franceses, 13 griegos, 8 sirios, 6 alemanes, 3 españoles, 2 africanos, 2 saboyanos, 2 dálmatas, 1 inglés, 1 portugués, 1 holandés, 1 suizo, 1 escandinavo, los demás italianos.

De estos Pontífices, excepción hecha de San Pedro, 8 han muerto sin haber ocupado la silla, 22 han reinado de uno á dos años, 54 de dos á cinco, 57 de cinco á diez, 51 de diez á quince, 16 de quince á veinte y 9 más de veinte años.

Pío IX ha excedido á todos en su pontificado.

Los Papas han salido de todas las clases sociales. Diez y nueve fueron hijos ó parientes cercanos de Príncipes, y otros tantos descendieron de familias nobles é ilustres. Muchos fueron nobles por nacimiento y poseedores de grandes riquezas. Otros salieron de la oscuridad.

San Pedro, primer Papa, pescador pobre del mar de Tiberiades.

San Dionisio, de oscuro origen, que algún autor asegura que nació de ilegítimo matrimonio.

Juan XVIII, de muy baja condición.

Dámaso II, lo mismo que el anterior.

Adriano IV, hijo de un mendigo.

Urbano IV, el que constituyó la festividad del Corpus, hijo de un zapatero remendón.

Nicolás IV, general que había sido de los franciscanos, hijo de familia humilde.

San Celestino V, hijo de padres muy pobres y sobrecargados de familia.

Beato Benedicto XI, religioso dominico, tuvo por madre una lavandera, á la cual no quiso recibir cuando se la presentaron lujosamente ataviada, reconociéndola cuando se vistió con el traje humilde de su clase y condición.

Juan XXII, hijo de un ropavejero. Tuvo por sucesor inmediato á su propio sobrino.

Benedicto XII, hijo de un molinero. Presentado ante él su mismo padre, no quiso reconocerlo hasta que lo vió vestido de molinero, y no le dió más dinero que el necesario para comprar una muela.

Bonifacio IX, de familia muy pobre, se trasladó á Roma á probar fortuna, y llegó á ser Papa.

Alejandro V, de tan oscuro límite, que ni aún conocía á sus padres, ni sabía dar más razón de sí mismo. Se había mantenido pidiendo limosna en su niñez.

Nicolás V, hijo de una mujer que vendía gallinas y huevos.

Sixto IV, hijo de un pescador, y él pescador también en sus primeros años, hasta que vistió el hábito franciscano.

Adriano IV, hijo de un carpintero de buques.

San Pio, pastor de ovejas hasta que vistió el hábito de dominico.

Sixto V, hijo de un jornalero: fué guardador de cerdos hasta que vistió el hábito franciscano.

Los que recuerdan á estos Pontífices y citan su origen humilde; á los ochenta y dos de entre todos ellos canonizados; á los treinta y dos mártires y cuarenta y tres confesores, arguyen como fundamento de su defensa que ninguna institución de la tierra cuenta con la virtud democrática de la iglesia, igualando á todos los hombres en su origen y elevando al primer puesto al que nació para pedir limosna.

Ya hemos dicho en capítulos anteriores cómo han vivido y cómo pasan la vida estos humildes representantes de Dios en la tierra.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

EL CIPRÉS DEL CEMENTERIO

Pirámide oscura de formas severas que alzando tus ramas de negro verdor, parecen tus frutos que son calaveras que apenas los mecen las brisas ligeras exhalan quejidos con sordo rumor.

Perenne vigilas al pie de una losa y en tu oscuro seno recojes la luz que no la precisa quien duerme en la fosa,

si tu compañía le das cariñosa y amante sus brazos extiende una cruz.

¡Viviendo entre muertos, cuán triste es tu vida!

¡Acaso lamentas tu suerte infeliz!

¡Quizá entre la tierra corriendo escondida al hondo sepulcro llegando atrevida algún cuerpo humano tocó la raíz!

Mas tú á los que lloran en su amargo duelo por restos queridos que tienen aquí, parece que prestas á su alma un consuelo, y altivo y lozano te elevas al cielo y mudo señalas que se hallan allí.

La lluvia te azota y el frío la cuaja en noches eternas de duelo y pesar; la nieve te cubre de blanca mortaja, y luego deshecha, cual lágrimas baja del negro ramaje la tumba á regar.

Quizá con tus ramas del frío librabste algún ave errante que en tí se posó, y luego su nido con celo guardaste, y en tu fronda amiga, formando contraste, aquí entre la muerte sus hijos crió.

Con cuánto enbeleso, ciprés, yo te admiro, parece que prestas al alma solaz, y si entre tus ramas exhalo un suspiro es ¡ay! porque lejos del mundo aquí miró que sólo á tu lado se encuentra la paz.

Del triste camino sembrado de abrojos viajero ignorado yo aquí pararé; mas cuando á la muerte se cierran mis ojos si acojes benigno mis pobres despojos, á tu augusta sombra feliz dormiré.

EMILIO CALZADA VALCABADO.

EL ANGEL DE LA TIERRA

IV

El amor, la ilusión, la esperanza y la vida del lujo y la envidia, no constituye generalmente el deseo de la mujer soltera: las intrigas amorosas, las escenas entre tinieblas, expuestas constantemente la vida del intrépido galán, el chasquido del acero al chocar con otro acero, los ayes de angustia del moribundo, y la luna, que saliendo tras blanquecinas nubes, hiere con sus pálidos rayos el cuadro poético de una mujer que enamorada posa su frente sobre los hombros del amante, ó la escalera que se desprende de algún balcón al impulso de una mano invisible, propicia á estrechar á otro ser entre sus brazos, ó también al enamorado mancebo empuñar la vihuela, haciendo desprender de sus cuerdas las notas melodiosas, entonando rendidas romanzas al objeto de su martirio; pasó todo, pertenece ya á los siglos tenebrosos, á los tiempos del romanticismo y la inmoralidad, á los siglos de nuestros antepasados; hoy que la electricidad nos ha dado luces de gran potencia, como queriendo á la vez que iluminar el camino para que no tropecemos, iluminar nuestro entendimiento.

La mujer soltera hoy, es la mujer laboriosa la que no preocupando su imaginación frívola ideas, piensan razonablemente en el porvenir de sí propias y en el de sus pobres ancianos, no hay ilusión en sus hermosas cabezas, hay la realidad del desengaño, la necesidad de continuar con la marcha progresiva de los siglos; luz pide el nuestro, y como donde hay luz no puede existir la melancolía de la penumbra sino la claridad celeste, hé ahí por qué buscan donde poder ser útiles á la sociedad y no reclinarse orientalmente su cuerpo en cómodos cogines, dejando que la vista del observador lleve al ánimo el engaño de un exterior hermoso, pero de una oscura inteligencia; hoy necesitamos la mujer instruida, la mujer educada, la que pueda llevar á sus hogares una ilustración no común y enseñar á sus hijos, á más de las doctrinas de la religión, los deberes del hombre para con la humanidad, inclinar aquellas tiernas imaginaciones al camino del estudio y de la verdad, envolverle con la clara

luz de su ilustración; amor, religión y ciencia constituye las familias dichosas, los pueblos libres, las naciones grandes; remediar la pleomanía de hoy, dedicar los niños, no á las armas ni al sacerdocio, puesto que las primeras existen en los ciudadanos y los segundos en todos los corazones; no arranquéis á la tierra esos brazos ni hagáis oscura una inteligencia que necesita la patria. ¡Ah! ilusión de un alma enamorada de todo lo que constituye la grandeza de la humanidad; mas ilusión no desvanecida, porque á pesar de que todavía se ha mirado á la mujer como ser inferior al hombre, que no se le ha querido conceder igual inteligencia ni aptitud para ciertas cosas, han tenido que desgarrar la venda que cubría sus ojos y salir de la oscuridad voluntaria en que se encontraban; hoy la mujer ya desempeña cargos importantes, hoy ya lleva entre sus manos dos cosas de mucha importancia, el comercio y la telefonía, es decir, los capitales de los pueblos y la política que los administra; á más se dedican á las bellas artes, pintan con la imaginación fantástica y delicada las bellezas de la Naturaleza, la efigie del hombre, y confúndense en la esfera del arte los sexos, como si no existiera más que uno.

Véase, pues, qué es cada vez más necesario hacer á la mujer un ser digno del hombre, y no jarrón de bellas flores, que sólo valen hasta que se mustian. Estas son hoy las aspiraciones justas, plausibles que se llevan los ángeles de vivos colores, de blancas alas, las que están más propicias á mancharse de lodo, y las que procuran que no les haga sombra su misma pureza; el amor por el interés se concluirá el día que puedan libremente desempeñar ciertos cargos. En cuanto á la soltera para con el hombre, nos simboliza la familia, el hogar de dos palomos enamorados que sólo aspiran á amarse y ver dichosas, es la ilusión, la esperanza: cuando se mira á una de ellas, se siente vértigo, causado tan sólo por el flexible talle, la delicadeza de sus contornos, el hechizo de sus ojos, la blancura de su tez, la sonrisa de sus clavelinos labios, y lo diminuto de sus pies; el hombre más empedernido siente amor, se enamora de aquella efigie, ama al barro pulimentado, á la estatua artística que no posee más don que la belleza, ¡corred, pobres ilusos, tras esa Venus de vuestra fantástica ilusión! Corred, palomos atontados, tras la tórtola que os cautiva, y dejar que yo, admirando tanta perfección, dé al aire la carcajada de la indiferencia causada en mi alma, de una escultura sin cultura, es decir, de un cuerpo sin alma.

¡Amar! Amar sólo al espíritu, á ese ideal venido de la verdadera belleza, que posee la ilustración, que da vida á lo inanimado, y que amando vive, aunque ese espíritu se encierre en no bella escultura, ¿Qué importa al hombre la belleza? Flor que azotada por el tiempo has de marchitarse, flor que después de perdida su esencia y color, no posee otra cosa más que el recuerdo de lo que fué amar, á la que sabe, á lo que ha venido al mundo á amar, á la que posee el corazón de fuego, que con él os dará calor, amar á la mujer que tiene la belleza en el alma y no en el cuerpo, mas si á esto podéis unir las dos cosas, amad más al espíritu que á la materia, cuidar más de aquél que no de este.

(Continuará.)

RAMÓN DE S. Y CASASOLA.

LA LIGA DE MANCHESTER

Los trabajos de la Asociación contra la ley de cereales comenzaron tan pronto como quedó formada; se organizaron meetings en Wolverhampton, Coventry, Leicester, Nottingham y Derby; se hicieron populares los artículos del coronel Thompson, publicados en la *Revista de Westminster*, que hasta entonces habían vivido ignorados; y el anciano Smith logró reunir la Cámara de Comercio de Manchester para deliberar acerca de si debía ó no dirigirse al Parlamento una petición debida á Cobden, demandando la abolición inmediata de las leyes de cereales.

Expuso Mr. Wood, presidente de la Cámara Mercantil, los graves males que producía tan viciosa legisla-

ción, y quedó aprobada la proposición de Cobden. Elevóse al Parlamento, y fué desechada; intentaron sus firmantes ser oídos en la barra de la Cámara popular, y no lo lograron; pero ya que se les cerraban las puertas del templo de las leyes, hicieron una solemne declaración, afirmando que sin la abolición inmediata de las de cereales, la ruina de las industrias á que estaban dedicados era inevitable, y que solamente la más omnívota voluntad comercial podía asegurar la prosperidad de la industria y la paz pública. Abrióse enseguida una suscripción de 20.000 pesetas por el comité ejecutivo de la sociedad, que le acompañan en Enero de 1839; Cobden, Callender, Chapman, Clarke, Dixon, Eckerseley, Evans, Howie, Hall, Prentice, Rawson y Wilson; y el 6 de Abril del mismo año apareció en Manchester un diario titulado *Anti-corn law-circular*, destinado á defender la libertad de comercio, que se transformó el 21 de Abril de 1841 en un semanario denominado *Anti-bread-tax-circular*, el cual fué sustituido el 30 de Setiembre de 1843 por el importante y popular periódico *The League*, órgano oficial de la sociedad, que suspendió su publicación en Julio de 1846, cuando triunfaban en los Cuerpos Legislativos las ideas que propagaba, dejando al semanario *The Economist*, que hoy es ornamento de la ciencia económica, la rica herencia de sus gloriosas tradiciones.

La lucha contra las leyes de cereales fué enérgica y constante. Fox la juzgaba insigne locura, baja injusticia y atroz iniquidad, añadiendo que con ellas se había logrado que Inglaterra no fuese la patria de los ingleses; Howie decía que servían para engañar á los colonos; Gurney afirmaba que la campaña contra ellas, lejos de ser una cuestión de partido, era una cuestión de justicia y humanidad; Brotherton las calificaba de impolíticas é inhumanas; Milner Gibson demostraba que impedían el progreso de las clases industriales, para conservar á los propietarios territoriales sus exageradas rentas; Spenser sostenía que sólo podían engendrar la miseria y el pauperismo. Cox probaba que restringían los efectos de las instituciones benéficas y contenían los adelantos de la educación; Graham las condenaba bajo el punto de vista religioso; Fox Maule las consideraba como plaga del país y del pueblo; el doctor Heng las hallaba opuestas á la permanencia de las instituciones liberales; Thompson indicaba que disminuían los salarios y encarecían las subsistencias; Villiers opinaba que existían merced á las preocupaciones, la ignorancia y las divisiones del pueblo; Ashworth las creía dignas de los siglos más bárbaros; Gisborne las ridiculizaba en ingeniosos discursos; Ricardo profetizaba que su desaparición era necesaria para el desarrollo del comercio; Brigh proclamaba que habían sido la causa de la expatriación del pueblo; Wilson hacía ver que limitaban el consumo y disminuían el trabajo; Bouverie las anatematizaba por obligar á las clases proletarias á buscar un mezzquino jornal á costa de excesivos sudores y un trabajo incesante, incompatible con el sostenimiento de su salud, sus fuerzas y su bienestar; O'Connell añadía que untaban las ruedas del coche del rico con las lágrimas del pobre, y Cobden, después de apellidarlas código del hambre, las criticaba con tanta acerbidad como justicia en todos los *meetings*, por ser, en su sentir, la piedra fundamental del edificio del monopolio y la deportación más inicua, bajo el aspecto de voluntaria emigración.

Señalar estadísticamente los trabajos de los *freetraders*, desde que comenzaron sus tareas en Manchester, hasta que se trasladaron á la capital en 1843, y desde 1843 hasta que recabaron del Parlamento la derogación de las leyes de cereales, sería hacer interminable la biografía del jefe de la Liga, bastando indicar, para formar-se idea de la agitación que produjeron Cobden á sus amigos, que emplearon cuantos medios de propaganda podían utilizar, como el *meeting*, la conferencia, el libro, el folleto, el periódico y aun el anuncio, que repartieron en 1843 más de 9.000.000 de opúsculos y más de 2.000.000 en 1844; que Wilson asistió á 1.361 *meetings*, Prentice á 1.127, Lees á 856, Rawson á 601, Wolvey á 485, y Cobden y Bright casi todos cuantos se celebraron; que tuvieron por asistentes asiduos á sus reuniones públicas, 6.000 personas, calculándose en 70.000 el día en que O'Connell usó de la palabra el 22 de Enero de 1845 en Manchester que organizaron exposiciones industriales como la de esta ciudad, que produjo 225.000 pesetas por derechos de visita, y como la de Covent-Garden en Londres, que produjo 625.000; que construyeron un magnífico hotel conocido con el nombre de *Free-Trade-Hall*, para celebrar sus reuniones semanales, capaz de contener á 10.000 personas; que constituyeron comisiones de obreros para la propagación de sus doctrinas entre las clases trabajadoras, y comisiones de señoras para captarse las simpatías y la cooperación del bello sexo; que convirtieron en solemnidades públicas los diferentes banquetes que organizaron; que inundaron el país de los tan famosos *tracis*, pequeños folletos en que se ponían de relieve las equivocaciones de sus adversarios; que escribían directamente á la reina, al duque de Wellington á Roberto Peel y á otros elevados personajes, demostrando los errores que patrocinaban; que lograron reunir en Manchester á 700 sacerdotes de diversas sectas cristia-

nas, para que declararan que la ley de cereales violaba la ley del Señor y limitaba los beneficios de la Providencia; que para triunfar en las Cámaras pusieron en vigor un artículo de la ley electoral, que había caído en desuso, en virtud del cual todo poseedor de una heredad de 40 chelines de renta tenía derecho electoral, y que realizaron suscripciones públicas tan importantes como la segunda de 1839, que ascendía á 125.000 pesetas; la de 1840, que se elevaba á 150.000, la de 1841, que importaba 250.000; la de 1842, que llegaba á 625.000; la de 1843, que subía á 1.250.000; la de 1844; fijada en 2.500.000, y la extraordinaria y última de 1845, que alcanzaba la importante suma de 6.500.000 pesetas de los cuales se cubrieron en el acto de anunciarla 1.250.000.

Actividad tan inusitada, fe tan extraordinaria, convicciones tan profundas y entusiasmo tan indescriptible, no podían menos de triunfar; así es que si al principio los *free traders* fueron acogidos con burlas; si algunos fueron maltratados como Paulton; si los *land lords* excitaron las pasiones del pueblo contra los agitadores, si los socialistas acaudillados por Fergus O'Connor trataron de impedir la celebración de los *meetings*, y si el mismo Wilson, presidente de la *Liga*, tuvo que defenderse diversas veces de todos los ataques personales de sus adversarios, poco á poco penetró la luz de la verdad en las inteligencias anubladas por el error; lenta, pero progresivamente, reconocieron el pueblo y la aristocracia que en un tiempo, y con notorio extravío, hicieron causa común contra los libre-cambistas, que el bienestar del primero y la salvación de la segunda, consistía en la desaparición de las leyes de cereales, y paulatinamente fué formándose la opinión, hasta que Cobden, Cright, Pattison, Milner Gibson, llegaron al Parlamento, proclamaron las doctrinas expuestas en sus públicas reuniones, batieron á la aristocracia hasta en sus últimas trincheras, y obligaron en 1846 al jefe del partido conservador, sir Roberto Peel, á proponer á las Cámaras la abolición de las leyes de cereales.

Cobden, que desde 1840 se hallaba en la Cámara de los Comunes que sin el menor descanso ni la más pequeña tregua había combatido las pretensiones de la aristocracia, defensora tenaz de sus privilegios, y que sentía los rugidos de la tempestad próxima á desencadenarse, se alzaba frente á los Buckingham y los Bichmond, como un gigante ante un pigmeo, comprendía que había sonado en el reloj de los tiempos lo hora de la desaparición de los monopolios; que se aproximaba la del triunfo de su noble causa y lanzaba á sus adversarios este magnífico apóstrofe: «¿Qué esperaréis para convencerlos; queréis que venga el pueblo y os arroje al Tamesis?»

La solución del problema planteado por Cobden, no se hizo esperar. Todo el mundo conoció al comenzar la legislatura de 1846 que iba á suceder algo extraordinario; Walter Raleigh, Knatchbull, Mountcashel, Barin y las grandes monopolistas ya citados, no luchaban dentro y fuera del Parlamento con el entusiasmo de los pasados años; el mismo duque de Bichmond, que un día ofreciera expatriarse si se anulaban las leyes de cereales, se mostraba ya menos dispuesto á separarse de la tierra que le viera nacer; los whigs y los torys no sabían si ayudar ó combatir al importante grupo de economistas, que más tarde llamarán los publicistas *Escuela de Manchester*, y los hombres de Estado partido *peelita*; los radicales que entonces nacieron á la vida pública se hallaban en idéntica situación, preocupados con las reformas políticas que predicaba Hume; los cartistas acaudillados por O'Connor, que tanto habían combatido á la *Liga*, pedían solamente el aplazamiento de la reforma, hasta que sus llamadas *libertades populares* estuviesen consagradas por el voto de los representantes del país, lord Wharnccliffe, confesando sus pasados errores, reconocía que la protección no podía ya sostenerse por falsas miras de independencia nacional; Peel, que en 1842 había hecho algunas concesiones en la escala móvil, comprendió que debía completar la reforma iniciada, y el 28 de Enero de 1846, propuso al Parlamento la reforma gradual de las leyes de cereales, que debían quedar completamente abolidas el 1.º de Febrero de 1849, declarando noblemente que la gloria de la reforma correspondía por entero al insigne economista Ricardo Cobden.

Votado en ambas Cámaras el proyecto de Peel, la *Liga* suspendió sus trabajos al ver triunfantes sus ideales tras siete años de reñidos combates y Cobden obtuvo con la inconsecuencia de Peel el mayor triunfo de su vida mientras se esculpían en las más brillantes páginas de la historia las siguientes palabras de Thompson, pronunciadas pocos meses antes de que los laureles de la victoria ornasen las sienes de los libre cambistas: «en el porvenir, cuando los hombres quieran saber si es posible destruir un abuso protegido por el poder y defendido por la riqueza, por el rango y por la corrupción; cuando se pregunten si es dable poner fin á un abuso análogo, merced á sus perseverantes esfuerzos y á sus sacrificios, se les enseñará siempre la historia de la Liga contra la ley de cereales.»

JOAQUIN G. GAMIZ-SOLDADO.

¡POBRES MUJERES!

Yo quiero mucho á las mujeres.

Formalmente.

Una, me dió la existencia, me nutrió con el jugo de su pecho, me dió calor con los besos de sus labios, me adormió con el amor de su regazo, vertió por mí muchas lágrimas.

Y todo, ¿por qué?

Por amor, porque estaba en ese período el más sublime de la mujer, en la maternidad.

Mis diabluras de muchacho eran para ella gracias ó ejemplos de precocidad, siempre las reaí.

Mis calaveradas de joven, rasgos de un carácter caballeresco, siempre las atenuaba.

Otra mujer me hizo ver un día, envuelta en su mirada, toda la pasión de que es susceptible el alma, mientras se encuentra presa en el cuerpo, porque después, no sé si dará también al apasionamiento.

Con la sonrisa en sus labios me hizo comprender lo que es la suprema felicidad.

Con los apretones convulsos de su mano, lo que son corrientes magnéticas de amor.

Con sus palabras, llenas de ternura, lo que es el amor, la pasión, la idolatría.

Yo muchas veces, á solas, inspirándome en recuerdos sublimes, abstrayéndome en sueños de demencia, evocando imágenes adoradas, he querido ensayar un...

¡Te amo!..

Confieso ingenuamente que ni en el ensayo, ni en la práctica, me ha resultado tan gráfico, tan dulce, tan armonioso, como el menos armonioso y menos dulce y menos gráfico de los que oí á aquella mujer.

Yo quiero mucho á las mujeres.

Cuando niñas son encantadoras.

Cuando jóvenes, sublimes.

En la edad viril, hermosas.

En la ancianidad, adorables.

Una niña jugando á las muñecas, es la miniatura de una madre.

Una joven, jurando amor, es una madre futura.

Una mujer, con un angel en su regazo, en quien guiada por un sublime magnetismo, clava la pupila, trasmitiéndole corrientes de su alma, es una madre.

¿Y sabéis lo que es una madre?...

¡Ah! ¡qué difícil es pintar á una madre!

Pintadme la esencia que se desprende de la corola del nardo.

Pintadme las notas que en la umbría exhala la enamorada avecilla.

Pintadme los murmullos de la brisa, los ruidos de la fuente.

¡Pintadme el alma!...

¿No podéis pintarla, verdad?

¡Tampoco puede pintarse una madre!...

Si queréis saber lo que es felicidad, preguntárselo á la sonrisa de una madre.

Si queréis comprender el delirio, haced que os lo explique el beso de una madre.

Si queréis medir la intensidad del dolor, hacedlo en la lágrima de una madre.

Pero, vamos al asunto.

¡Pobres mujeres!

El hombre se descubre siempre ante ellas.

Las obsequia con preferente atención.

¡Las ofrece su brazo.

Se pone metafóricamente á sus pies constantemente.

¡a colma de galanterías.

Usa para con ella un lenguaje hiperbólico. Hace de sus ojos el sol, los luceros, los cráteres del volcán, el cielo, la noche.

De sus labios, cálices de rosas, ramas de coral.

Perlas de sus dientes.

Nácar, flores, arreboles de sus mejillas.

Rayos de sol, espigas, ébano, azabache de sus cabellos.

De su talle, palmeras y tallos de clavel.

En fin, una serie de tonterías.

Ella, la pobre, responde siempre con una dulcísima sonrisa.

Y cree que así paga la galantería.

¡Infeliz!...

El generoso galanteador no queda satisfecho con esta recompensa.

Calla por el pronto.

Pero luego, ¡ah! luego se cobra con creces. Y exige á la mujer que prescinda de todo lo que él despilfarrara.

La mujer puede amar, pero debe hacerlo en silencio, guardarse bien el amor dentro del corazón, torturarlo, ponerle mordazas, pisotearle, si es preciso, pero callar.

Si su suerte la favorece y hace que el hombre que inspira su cariño la ame á la vez y se lo declare, entonces, bueno, puede decirle que le quiere; mientras, no, ni más ni menos que como se dice á los niños á quienes se quiere educar bien:

«Hablarás sólo cuando te pregunten».

Pero si su desgracia aparta al hombre de su lado, ¡silencio!; debe dejarle; debe, con serenidad, verle entregado al amor de otra mujer, verle ante el altar recibiendo las bendiciones, y después llamarle amigo, estrechar su mano sin dejarle comprender nada, besar á la mujer cuyo puesto había anhelado ocupar.

¡Qué terrible deber!

Y sin embargo, ¡qué religiosamente lo cumple, y eso que se le llama sexo débil!

Yo abogaría por que la mujer tuviera en este asunto (y también en otros) la misma libertad que el hombre.

¿Hay alguien que se ría?

¿Por qué?

Si ese que se ha reído es un adonis que estápreciado de su estética, y sospecha que había de ser asediado de declaraciones amorosas, le daremos una solución.

Lo mismo que hacen las mujeres que tienen mucho partido.

Dar calabazas á los antipáticos.

Elegir entre los agradables.

Quedarse al fin con el partido mejor.

O lo que las coquetas.

Quedarse con unos cuantos para pasar todos los ratos.

¡Y qué gracia me haría un coqueto!

Ellas, no pueden decir al novio que se quieren casar.

¡Horror!...

¡Qué de interpretaciones se daría al dicho! Ha de decirlo él.

De modo, que un guasón, amante del celibato y aficionado á pasatiempos económicos, puede llenar sus aspiraciones, buscando una víctima, haciendo que le distraiga unos cuantos años, y dejándola luego con un palmo de boca abierta.

¿Es lógico eso?

No, pero es de ley.

Y ellas han de someterse.

Y someterse sin apelación, sin quejas.

Nada, es preciso regenerar la sociedad.

Parece de este modo, que tomamos venganza de la superioridad que sobre nosotros tienen en hermosura, en candor, en vehemencia.

Y la venganza nunca es noble.

Y el hombre debe rendir culto á la nobleza.

Yo, desde luego, presto mi conformidad á la reforma.

Desde luego, admito billetes amorosos en demanda de mi cariño y mi mano.

O mis manos, que á Dios gracias no soy manco.

Adelante, pues, rompéd el círculo reducido en que se os deja mover por las parciales exigencias masculinas.

Y vosotros, egoistas, dejad vuestras exigencias, os es hasta conveniente, porque os evitaréis trabajos y plantones.

No seamos tiranos, ¡viva la libertad femenil!

Tienen un corazón capaz de amar, sino más, tanto como el nuestro, capaz de sufrir, sino más, tanto como el nuestro, pues ya que se le imponen los mismos deberes, que tenga los mismos derechos.

Pero, no llegará á suceder, no.

¡Pobres mujeres!

R. ORTÍZ Y BENEYTO

LA CONFESIÓN DE SOFÍA

I

Era Sofía, por lo devota, el encanto del pueblo. Apenas la campana parroquial agitaba los aires con su sonido, la joven se iba á la iglesia, y allí, de rodillas siempre, murmurando con canturia monótona rezos y oraciones, consumía las horas, sin dársele un ardite de las cosas de la tierra, entretenida en conquistar palmo á palmo la gloria celeste, suficiente á dar á su espíritu eterno descanso y perpetuo goce.

Pero como el pícaro mundo rinde las mayores fortalezas y hasta las piedras se quiebran y el hierro se dobla, Sofía, que era de hierro y piedra para las tentaciones de la carne, en cierta ocasión notó algo extraño que en su espíritu ocurría, algo de eso que las gentes llaman amor y que en ella penetró gracias al golpeteo continuado de su corazoncito y al fuego que despedían los ojos de cierto mozo del pueblo que distraídamente dió en pasar por delante de las ventanas del cuarto de la devota.

Al principio ésta se contentaba con levantar el visillo al ver que el galán cruzaba la calle; después ya dejó de par en par las hojas antes cerradas de la ventana y puso al descubierto su persona, en apariencia distraída, interesada en realidad por el transeunte, y últimamente, ya vencidos todos los escrúpulos, hubo aquello de quedarse con los ojos fijos en el rondador y tributarle una sonrisa más dulce que las mieles, tantas veces nombradas por los poetas clásicos.

Claro está que las cosas sucedieron como debían suceder. Las distancias se estrecharon, y ya el galán pudo, no sin regocijo de la dama pasar las horas silenciosas de la madrugada cogido á aquellos hierros que parecían alambres de la jaula en que vivía el pájaro de su amor. ¡Qué cosas más dulces se perdieron aquellas noches entre los pliegues del silencio! La devota tuvo muchas ocasiones de afear á Dios el capricho de haber creado luna y estrellas, que son siempre ripios obligados de los poetas y desesperación eterna de los amantes, ganosos de la oscuridad para no compartir con nadie ni con la luz siquiera, las satisfacciones íntimas de la pasión correspondida. El mozo se desesperó infinitas veces de ver cómo la oscuridad se iba á más andar y con celeridad análoga inaugurábase el día; y según datos fidedignos, ambos amantes repetían todas las veladas aquellos versos, escritos por un gran poeta, aunque político conservador, y que, si yo no recuerdo mal, dicen así:

.....«espera, espera,
que no viene la aurora todavía.»

Pero es el caso que el amor, para no escapar á la condición de todo lo humano, es ambicioso con demasia, y la carne es flaca, como han repetido hasta la saciedad todos los obligados filósofos que echan su correspondiente lagrimita sobre el montón de las miserias humanas. Con tales razones pudo hallar disculpa la joven Sofía cierta mañana en que se levantó exclusivamente preocupada.

Las gentes de su casa notáronla sombría y triste. Había en su rostro huellas del paso de algo extraordinario, que lo mismo podía ser placer que dolor; porque las penas y los goces rara vez se distinguen por la calidad del desorden que en pos de sí dejan. Los ojos de Sofía, que brillaban de ordinario extremadamente, estaban aquel día mortecinos y tristes; era muy intenso el cárdeno círculo de sus habituales ojeras y el color, un si es no es encendido de su rostro, estaba sustituido por una palidez intensa. Habló poco, contra su costumbre; hay quien asegura que lloró mucho y muy largo, y sobre todo, y esto es digno de apuntarse, el hombre que amaba Sofía rompiendo con la costumbre, no había esperado la aurora cogido á los hierros de la reja en la pasada noche.

No pudo ser esto causa de su dolor seguramente, porque la devota había sido visitada por su novio. Y es el caso, que esta visita extraordinaria fué más larga que las otras todas.

¡Quizá por ser tan larga costó á Sofía tantas lágrimas.

II

Al fin, lágrimas y suspiros dieron de sí una revelación. A la mañana siguiente, cuando en la parroquia de Urbesierra tocaban al alba, tomó Sofía el camino de la iglesia. Estaba la nave única del templo desierta; un par de viejas, en dos distintos rincones, rezaban puestas en tierra las rodillas. Sofía echó el velo sobre su rostro, llegó al centro de la nave y se arrodilló también. Hubo una pausa larga, á la que puso término el acompasado andar del párroco, que se metió en un confesonario, cruzó sus manos y esperó. Sofía levantóse con resolución enérgica, dirigióse al confesonario y solicitó del cura que la escuchase.

Pongamos un instante punto á nuestra curiosidad. La confesión es al fin y al cabo un acto de intimidad que á los extraños discretos debe merecer consideraciones de todo género.

En ese cuchicheo que se establece entre el cura y el fiel muévense todas las pasiones, todos los intereses, todas las ideas que por el mundo andan revueltos en tromba formidable. Por eso es muchas veces el confeso-

nario teatro de grandes dramas, lugar de grandes acontecimientos...

¡Seguramente que los devotos no han meditado mucho acerca de la trascendencia de la confesión!

Sofía era una de las devotas más aficionadas á la confesión. Apenas si había pecado que le durase en el alma un mes; no tenía la muchacha secretos puesta ante el cura de rodillas. Decía lo que pensaba, lo que ejecutaba, todo. Después del acto, erguíase satisfecha y tranquila, ya recibida la absolución, reflejándose en sus ojos la luz como en los tersos cristales después de limpios perfectamente.

Aquel día no le ocurrió lo mismo. Habló con el cura mucho, pero mucho, y al cabo de tan larga confesión, no volvió á sus ojos el brillo perdido ni se reflejaron en sus pupilas las venturas anubladas por las faltas ó por los pesares.

¡Qué pecado nuevo y extraordinario había cometido la joven devota, que tanta mella logró hacer en su espíritu!

Es el caso que Sofía se marchó con sus tristezas á casa; el cura abandonó el confesonario, fué á la sacristía, salió de nuevo á la iglesia, celebró su misa, y según costumbre, se retiró á su casa, donde la aguardaba el chocolate, servido con esmero y abundancia.

III

No tengo gana, no tengo gana, repetía el cura, sin pasar bocado del tierno bollo que, partido en pedazos, tenía enfrente de sí. Su criada á cada paso interrogaba el motivo de tan rara falta de apetito.

—No sé, muchacha; me siento mal desde anoche. Prepárame la cama, me voy á meter en ella.

—¡Pero, señor, qué le pasa á usted! Voy en seguida á avisar á D. Sinforiano. ¿Le habrá hecho á usted daño algo? La cena de anoche...

—Anda deprisa, deprisa, que me siento muy mal.

Y dicho y hecho. Se le preparó la cama al párroco: se metió en ella; vino el médico, y por él se supo que el cura tenía un principio de congestión cerebral.

Todos los vecinos de Urbesierra vinieron á la casa de su párroco. Todos se ofrecían á asistirlo.

El enfermo fué agravándose de un modo extraordinario; comenzó el delirio interno y en absoluto perdió la conciencia.

El delirio de los enfermos es por lo común una mezcla de extravagancias imaginarias y de ingenuidades positivas expuestas al desnudo sin fórmulas ni disfraces. Parece que el cerebro se sale del cráneo y enseña lo que guarda enturbado, como es natural, por las corrientes perturbadoras de la enfermedad, que le trastorna, ó de la sangre alterada que le alimenta.

La idea que en el estado normal brota regularmente de una impresión en el estado de enfermedad surge monstruosa, deforme, pero siempre delatando la impresión en que tiene su origen.

Todas las rarezas y las extravagancias que el delirante dice, parecen como tanteos del pensamiento para buscar el camino que le conduzca al exterior. La idea tiene el freno de la conciencia que la dirige por el buen camino. Cuando el freno le falta, se desboca; y unas veces por casualidad acierta con el sendero, y otras se precipita por entre los peñascales de lo absurdo.

Siguiendo con nuestro cuento, diremos que el cura expresó durante su delirio muchas y muy raras cosas; pero de todas ellas las que más llamaron la atención del número crecido de vecinos que rodeaban al enfermo, fueron estas que la maledicencia puso de relieve y que procuramos copiar fielmente.

—Sofía, Sofía, ¡esto es un crimen! Quién te manda á tí admitir en tu cuarto á ese hombre.... estas perdida, perdida.... y lo peor es que el joven está casado.... ¿qué no lo sabías...? pecado inmenso.... no se lo digas á nadie.... á nadie...

Los vecinos se miraron los unos á los otros, ¡Eh! qué tal la señorita Sofía, dijeron, y qué buena ha estado con (aquí pusieron un nombre). No corre más el fuego por la pólvora que corrió la noticia por Urbesierra. De tal modo preocupó la nueva, que ya el desgraciado accidente de la muerte del cura no impresionó tanto al vecindario. Hasta á Sofía llegaron los ecos de las palabras dichas por el cura en su delirio, por eso no le extrañaban las sonrisitas de los que al pasar por su ventana la veían sentada con la misma tristeza, con los ojos mortecinos, con el mismo tintey bordeando sus órbitas, con la misma palidez, dando triste blanco sucio á su rostro.

Pero pasó la impresión como pasa todo. Vino la esponja del olvido á borrar aquellas cosas y Sofía llegó á adquirir los mismos colores que en un principio alegraban su cara.

Cierto día hablaba con una compañera de devoción. Se apercebían para novenas y fiestas religiosas, y de pronto dijo:

—Hoy tengo que prepararme para mañana que confesaré.

—¿Prepararte?

—Sí, dijo con una gran ingenuidad; voy á ver los pecados que puedo decir al señor cura.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

ESPRONCEDA

AL CRONISTA EXTREMEÑO

D. NICOLAS DÍAZ Y PÉREZ

I.

Inmortal Espronceda, si profano
Turba mi acento tu eternal reposo,
Se alza para ofrecer tributo honroso
Al águila del Pindo castellano.
Bien quisiera tener tu soberano
Estro divino y plectro cadencioso,
Que inspirado, valiente ó melodioso
Herir sabía el corazón humano.
Débil mi voz, inmensa tu figura,
En vano intenta mi modesta lira
Sus notas elevar hasta tu altura.
Perdona, vate, mi pueril empeño
Y, no los versos que te ofrezco, mira
La buena voluntad de un extremeño;

II.

Cuando tendido en invisible vuelo
Buscaba su corpórea vestidura
Tu espíritu, ropiendo la clausura
Que lo encerraba en la mansión del cielo.
En la tierra española, con anhelo;
Digno barro encontró para envoltura
Y vestido tomó en Extremadura,
¡Qué nacer no quisiste en otro suelo!
Si la patria férax donde has nacido
En profusión no hubiera producido
Cides, sabios, poetas y oradores,
Que han llenado de honor y luz su historia,
La inundara de vivos resplandores
Un solo rayo de tu inmensa gloria,

III.

Tú, que fijando la pupila ardiente
Del sol en las intensas llamaradas,
Querías eclipsar con tus miradas
De su foco la luz resplandeciente;
Tú, en cuya inmensa y luminosa mente
Mil profundas ideas, no escuchadas,
Sentíanse bullir arrebatadas
Bajo las venas de tu hermosa frente,
¿Pudieras al imperio del olvido
Descender? Nunca. Escucha cómo suena
En tu elogio la trompa de la fama.
Himno, que por los órbes repetido,
El Universo con tu nombre llena,
Y en todas partes inmortal te aclama.

IV.

Veniste al mundo cuando lucha fiera
os campos españoles devastaba,
Y muerte y destrucción doquier hallaba
Ante su paso la familia ibera.
El coloso del siglo, en su carrera
Triunfadora, la Europa sujetaba,
Pero entre el fuego del cañon se alzaba,
Pidiendo libertad, nuestra bandera.
A su sombra surgiendo del marasmo,
Luchaba, hasta llegar al paroxismo,
El ibero leon del mundo pasmo;
Y adorando su intrépido heroísmo
Supo cantar tu férvido entusiasmo
Como ningún poeta; el patriotismo.

V.

De tu lira en las cuerdas vibradoras
Las pasiones del mundo palpitaron,
Y la duda y hastío se agitaron
En corrientes de fuego abrasadoras.
Armonías sublimes, seductoras,
En tu soberbia inspiración brotaron,
Colosos pensamientos, que acertaron
De tu existencia las inquietas horas.
En tí puso Vulcano sus hogueras
Que Venus atizó con sus deseos,
Como si burla de los hados fueras.
Tu espíritu en tu cuerpo no cabía
Y, lanzando gemidos gigantes,
Fué tu estancia en la tierra flor de un día

VI.

Te tuvo en sus entrañas maternas
Extremadura, espléndida matrona,
Anhelando engarzar á su corona
La joya de tus prendas personales.
En sus bosques de encinas colosales,
Explendor y riqueza de su zona,
Frecuentemente el Labrador entona
Alguno de tus cantos inmortales.
Fueron siempre tan grandes sus amores
Para tí, que tu nombre ha merecido
Adoración frenética y honores.
Si puede transmitirse en los humanos,
Y te quieres mostrar agradecido,
Haz que tu genio pase á tus hermanos.

LUIS MORENO TORRALVA.

LAURA

BOBETO LITERARIO

Reasumid la vida de la mujer, y la
hallareis explicada con una sola pala-
bra, amo: en la infancia, amó á sus
padres; en la juventud, amó á su es-
poso; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres.

El verano estaba espirando. Las brisas del Cantábrico y los vientos de los Pirineos, habían evaporado como por encanto los calores del estío; la playa de San Sebastian, esta perla del Océano empezaba á quedarse desierta, y de su hermosa «Concha» iban desapareciendo los elegantes bañistas, que por espacio de dos meses, aspiraron el perfumado aire de aquellas olas, siempre agitadas, infundiendo la vida y la alegría, en aquella población pacífica é industrial.

En la estación del ferrocarril, una mañana del mes de Setiembre esperaba la salida del tren que debía conducirme á Madrid.

¡Qué veloz es el tiempo! ¡Cuán breve la dicha!

Dos meses antes llegaba á San Sebastian con el corazón lleno de entusiasmo; en mi rostro resplandecía la alegría, y hoy, á la luz embriagadora de los deseos y las ilusiones, sucedieron las nubes del desengaño y de la amargura.

El tren comenzó su marcha ruidosa, la locomotora arrojó una nube de negro humo por su boca, é instalado ya, en un departamento de primera, el acompasado movimiento, y el tris-trás estridente que produce al atravesar por las plataformas de hierro, me hizo conocer que me alejaba, tal vez para siempre, de aquella playa, donde dejaba el alma.

¡Cuántos pensamientos sombríos torturaban mi alma! ¡Ay, Laura, por qué te habré conocido! ¡Porque, si no puedo permanecer á tu lado me has inspirado esta pasión que me devora! ¡Quien más desgraciado que yo!

A si me lamentaba en lo íntimo de mi corazón, cuando la voz monótona é inalterable de un mozo de estación, me hizo volver al mundo real. «Miranda, treinta minutos de parada, y fonda.»

Abandoné mi departamento, no por alimentarme, sino por despejar algún tanto mi imaginación, y ver si hallaba algún compañero con quien entablar conversación, y con ella distraer, ya que no acallar los sufrimientos de mi alma, mas en vano; á nadie encontré que colmara mis deseos, por lo que volví triste á mi departamento.

Un joven de buen aspecto y elegantemente vestido, se había instalado en el rincón opuesto al que yo ocupaba; ya estaba satisfecho, tenía compañía, y no tardaría en entablar conversación.

A mi cordial saludo «buenas tardes,» levantó el joven la cabeza, y viéndome de uniforme, elevó la mano derecha hasta tocar la parte anterior del mismo lado del ala de su sombrero. Me creí burlado, y me disponía á pedir una explicación, pero no me lo permitió, pues se adelantó á dárme la.

—No extrañéis mi saludo, capitán, he sido militar, y es en mí un hábito saludar de este modo.

—¿!an joven habéis abandonado la carrera?

—Si...

—Vamos, ya comprendo: quizá una cuestión con algún jefe os obligaría á pedir la separación, no lo extraño, los hay tan chinchos, que...

—No, capitán; es una historia.

—¡Ah!

—Si, una historia, que aunque sólo á un caballero he revelado, y cuento con su silencio, la prensa dió á conocer en parte.

—Y ¿podría saber?...

—Las desventuras—me interrumpió—no son oídas con agrado; antes al contrario, molestan á quien las escucha.

Callé, pues era imprudente preguntar aquella historia que, sin saber por qué, me intere-

saba. El rostro de mi compañero demostraba un talento nada vulgar, y en sus tristes ojos pardos se leían grandes sufrimientos morales; hay hechos en la vida que dejan huellas á su paso en el rostro del que los sufre.

Aunque contaría escasamente veinte y ocho años, ya en su rizada barba y cabellos negros se veían aquellos hilos de plata que tanto se veneraban en tiempos más felices. Esto, su simpática figura, y los suspiros que frecuentemente parecían escaparse del fondo de su alma, me hicieron ver en él otro mártir del amor, y aumentó mi curiosidad con este pensamiento por conocer aquella historia, que si bien era pública, según su protagonista, yo la ignoraba.

No hallaba medio de entablar conversación, y acudí á mi petaca; saqué un cigarro y le ofrecí.

—¿Fumáis, caballero?

—Gracias, capitán; acepto porque no lo toméis como desprecio, pero mi estado es bastante delicado, y me perjudica el tabaco.

—Si os ha de hacer daño, no fuméis.

—Un cigarro cada dos ó tres meses, no mata á nadie; acepto, pues, y si he hecho esta salvedad, es porque si de nuevo me ofrecéis, no lo toméis por desaire.

Y encendió su cigarro.

Nuevo silencio reinó por espacio de algunos minutos.

—Bonito paisaje para un pincel—dije, observando por el que atravesábamos.

—Bello es en efecto, y si puedo grabar en mi mente esas deliciosas montañas, me prometo trasladarlas al lienzo.

—¿Sois pintor?

—De afición, á pesar de que casi todo lo que mis pobres pinceles han producido ha sido obligado por la necesidad.

—No comprendo.

—Cosas de la vida.

Un seco golpe de tos interrumpió nuestra conversación, obligando al artista á llevar su pañuelo á la boca, en el que al separarlo vi una mancha roja. Esto es grave, dije para mí; la tisis tiene asiento en el pecho de este joven, y acaso amores desgraciados le han puesto en este estado; olvidemos, pues, y á vivir, que es lo principal.

A pesar de mi firme propósito, recordaba á Laura, y llegué á poseerme de tal modo, que creyéndome solo pronuncié su nombre en alta voz.

Mi compañero, cual si una corriente eléctrica lo atravesara, se conmovió, y mirándome con espantados ojos, me dijo con trémula voz:

—¿Me conocéis?

—Yo no.

—¿Y á ella?

—¿A quién?

—A Laura.

—Conozco tantas que...

—Dispensarme, capitán, soy un loco; dispensarme, repito; mis extravagancias, siempre que oigo ese nombre creo que se refiere á ella; perdonadme, pues, si os he despertado, pues al parecer soñabais.

—Soñaba, sí, pero no dormía; mi imaginación estaba en San Sebastián, de donde vengo, é hizo creer me hallaba al lado de la mujer que adoro; y dispensarme á la vez, si soy importuno, pero me anima un buen deseo: vuestro semblante, vuestros suspiros, á más de dos lágrimas que creo haber visto en vuestros párpados, me demuestran que sois desgraciado; yo también lo soy. ¿Queréis consolarme y consolaros? Contadme la pena que enturbie vuestra dicha, dígame V. su secreto, deposítelo en mi pecho, de él no saldrá; soy caballero y os doy palabra que á exigírmelo lo guardaré eternamente.

—Capitán, mi pena es el remordimiento de haber amado, lo que me ha producido la locura; mi secreto no existe, tal vez le conocáis, y si hay algo en mí digno es el arrepentimiento de las faltas que he cometido; esas lágrimas que insensiblemente nacen, se aglomeran en mis ojos y corren con frecuencia por mis mejillas, gotas son ¡ay! de hiel, que to-

maron ser en mi corazón y que dejarán de correr cuando termine mi existencia.

—Llorad, amigo mío, llorad. ¡Cuántas veces mis mejillas, teñidas con el humo de la pólvora, se han humedecido con el llanto! El llanto brota en los corazones nobles, y el hombre que llora no puede ser malo.

—Gracias, capitán.

—Aliviad esa pena que os consume, contádmela y no dudéis que si es posible el consuelo, en mí lo hallaréis.

—Tal vez os moleste.

—Yo os prometo que si me molestáis, os rogaré que calléis; palabra de honor, el capitán Laplana jamás faltó á su palabra.

—¿Os llamáis Laplana?

—Sí.

—¿Tenéis algún pariente magistrado?

—Mi padre lo es, ¿le conocéis?

—¡Oh, sí! Tenéis un gran parecido con él, y le debo, si no felicidad, pues para mí no existe, libertad; él únicamente ha penetrado el fondo de mi alma, lo ha escudriñado, ha visto que no existía maldad, que era inocente y no debía estar entre aquellos desgraciados que por algún tiempo fueron mis compañeros.

—Explicaos si es que podéis.

—Ahora tengo obligación de hacerlo. Es mi historia la que voy á referir.

—Con ansia lo espero, hablad.

—Mi nacimiento no hace al caso, baste saber que soy hijo de un honrado matrimonio, querido y respetado por cuantos le conocían. A los once años quedé huérfano, bajo la tutela de un pariente lejano y con patrimonio suficiente para vivir con decencia. Mi pariente, hombre de conducta irreprochable, cuya honradez era notoria en el comercio de Zaragoza, al que pertenecía, creyó como hombre positivista que su misión consistía en reunirme un montón de oro, lo que consiguió, pues á la muerte de mi padre mi capital ascendía á unos treinta mil duros y hoy pasa de dos millones de reales; mas ninguna parte tomé en mi educación, me dejé guiar por mis sentimientos y libre albedrío; gracias que yo no era malo. Mi afición al estudio hizo que á los diez y seis años aprobara el segundo año de la facultad de medicina, después de haberme hecho bachiller en Artes.

Un día me dirigía acompañado de un condiscípulo al colegio de San Cárlos, en Madrid, cuando una linda morena se nos interpuso precisamente al atravesar de la Plaza de Santa Ana á la calle del Prado; me quedé admirado al ver tanta perfección y sencillez unidas. Sus ojos negros, que aparecían serenos como las aguas de tranquilo lago, velados por largas y sedosas pestañas y resguardados por dos arcos espesos y negros como sus pestañas; su nariz, griega correcta, era digna de su pequeña y sonrosada boca, nido de amor que convidaba á liar la miel que de sus labios se desprendía; su barba no tiene símil, y los oyuelos de sus mejillas fueron sin duda impresos en la cuna por los besos de los ángeles; su cuello no se dejaba ver, pues estaba pudorosamente oculto por el de su vestido; su cuerpo se balanceaba en su talle á manera del flexible lirio, y á través de su traje de percal se dejaban adivinar un conjunto de perfecciones; sus manos, más que de mujer, eran de niña, y á no verlo, nunca hubiera creído que aquel cuerpo pudiera sostenerse sobre tan diminuto pie.

Me arrobé contemplando tanta hermosura unida, y Dios sabe el tiempo que allí hubiera permanecido, si la voz de mi amigo no me recuerda que nuestro deber nos llamaba á otro lugar bien distinto.

Desde aquel día, yo, el modelo de aplicación, abandoné los libros por buscar inútilmente á mi linda desconocida.

No la había visto más que una sola vez, y sin embargo, la impresión profunda que había despertado en mi corazón me hacía desear volverla á ver para gozar, contemplando su hermosura; y pasaron los días y los meses sin que pudiera alcanzar mi deseo. Entonces, hastiado de la vida, que sin la presencia de mi ángel no tenía para mí encanto alguno, triste, y con el pensamiento fijo en su imagen, de-

java volar el tiempo inútilmente para mí, para mi nombre y para la sociedad.

Si hubiera muerto en aquella época no me hubiera quejado, y mis ojos se habrían cerrado á la existencia sin lamento y sin dolor; pero una circunstancia vino á despertarme de mi atonía y hacerme conocer que tenía todavía una inteligencia, un corazón, una vida.

La causa de la libertad, representada por el gobierno constituido, iba á tomar las armas contra los ataques del pretendiente D. Carlos de Borbón; entonces recordé que si mi corazón podía quedarse en Madrid, esclavo de una pasión inconcebible, mi inteligencia y mi vida debía consagrarse á mi patria, que tenía necesidad de la de todos sus hijos. Filiéme, pues, en las filas del ejército, dispuesto á derramar mi sangre bajo la insignia española y por el triunfo del liberalismo.

¡Ay, cuánto más me hubiera valido dejar esta monótona existencia! Todos me habrían bendecido, y el epíteto de valiente, unido á mi nombre, hubiera corrido de boca en boca, mientras que hoy... pero no adelantemos los sucesos. Mi instrucción civil y militar, mi arrojo en los combates, mi buena conducta y el aprecio de mis jefes, á más de las balas que tres veces taladraron mi cuerpo, dieron lugar á que al terminar mi compromiso me encontrara de sargento primero; pero yo no ansiaba honores, sólo quería la muerte, y firmé con tal propósito un nuevo compromiso por cuatro años. Dios me tenía reservada la vida, y con ella otro bien distinto destino. Mi suerte siempre fué adversa, y al poco tiempo de mi reenganche se firmó la paz, y me ví obligado á marchar á Vitoria, donde quedé de guarnición mi regimiento.

A instancia del jefe de mi cuerpo me concedieron cuatro meses de licencia para Madrid, con objeto de restablecer mi salud.

He olvidado decir á V., que mi tutor me negó su apoyo desde el momento en que senté plaza, por lo que me obligó acudir á los tribunales, y estos me señalaron una pensión de ocho mil reales anuales para alimentos y vestidos.

Llegué á Madrid, y me instalé en una modesta casa de huéspedes que mis compañeros de armas me habían recomendado; al saber mi llegada, infinidad de antiguos amigos y condiscípulos me visitaban, obligándome á que les relatará las acciones en que había tomado parte, todos se disputaban mi compañía, y tenía que sostener una verdadera batalla, para no asistir á sus diversiones.

Mi única distracción eran los pinceles, me extasiaba contemplando mis producciones, que dejando á un lado la modestia, no eran del todo malas, aunque adolecían de un defecto; todas en sus figuras tenían el parecido entre sí, y cada una de ellas, gran semejanza con aquel rostro que ví una mañana al atravesar de la plaza de Santa Ana á la calle del Prado.

Cierta día, en que terminaba la copia de una virgen de Rubens, un lacayito de algunos doce años, me rogó en nombre de su señora, que tuviera la bondad de ir á su casa, y me entregó una tarjeta que decía: «Laura Rey Reina, Arenal» No recordaba aquellos apellidos, mas presumiendo sería alguna antigua relación de familia, me apresuré á llegar cuanto antes á la calle del Arenal.

Juzgád cuál sería mi asombro, capitán, al hallar en la dama que me llamaba, mi constante pensamiento, mi linda desconocida, tan bella, tan interesante como el primer día; pero no ya con el humilde traje de percal, si con rica bata de terciopelo azul sujeta á la cintura con un cordón de seda carmesí, y aquel cuello que con tanto cuidado en otro tiempo ocultó, descubierto mucho más de lo que lo honestidad y la moral consienten ó autorizan: en fin, su *toilette* rica y elegante, su aire distinguido, y la desenvoltura con que llevaba las prendas lujosas que lucían en su cuerpo, me hacían ver en ella una señora de la buena sociedad, acostumbrada á vivir en aquella atmósfera perfumada, en aquel ambiente delicioso, donde las horas se alternan entre el gozo y diversiones.

No crea V. que por esto amenguó mi amor; no, capitán, desgraciadamente no sucedió así.

Tal efecto me causó su presencia, que turbó mi vista, cortó mi palabra, y paralizó mi razón, pero no de tal modo, que no me hiciera comprender, que después de encontrarla era más difícil mi felicidad. Era muy poco un sargento, un artista, para aquella persona distinguida, y acaso emparentada con la nobleza castellana; mi amor me la representaba así; ¿cómo, pues, yo, pobre pigmeo, me atrevería á levantar mis ojos para mirarla, si su grandeza me deslumbraba! ni ¿cómo albergar la idea de que correspondería á el amor de un soldado una señora de su posición.

¿Qué títulos poseo yo para llegar á la realidad de mis ilusiones? me preguntaba. Solamente mi fortuna, pero la suya, ¿no será considerablemente mayor que la mía?

¡Oh Alberto, Alberto, oculta esa pasión en el fondo de tu alma, y no añadas el ridículo á la infelicidad!

Si ella no hubiera roto aquel silencio embarazoso, es más que probable que yo no habría desplegado mis labios, pues estaba como embriagado.

—Caballero—me dijo, después de hacer un minucioso examen de mi persona—días pasados estuve en el ministerio de Fomento, y ví con asombro, que el rostro de una figura que pintaba V. era, aunque mucho más bello, semejante al mío.

—En efecto, señora, no se equivocó usted, pues verdaderamente, la figura á que V. se refiere, que creo era una aldeana francesa, retrato exacto, á pesar de estar pintado de memoria.

—¿Y... seríais tan amable, que me explicarais esta coincidencia?

—Os daré gusto: es toda una historia, y aunque corta, tal vez ha podido influir ó influir en mi porvenir, y puesto que queréis saberla, os la contaré, aun á trueque de que os incomodéis, si por un momento os comparo con la heroína de mi cuadro.

—No sé en que podréis ofenderme...

—Oh, señora, yo llamo ofensa, porque en este siglo sólo se llaman personas decentes los que enlazan su apellido á un título de nobleza, ó borran su pasado con una goma de diamante y oro, por lo demás, yo...

—Y bien, tengo curiosidad por conocer esa historia, y si no os molestá os ruego la relatéis, mi curiosidad creo la encontraréis natural.

—Voy á complaceros. Era yo un niño, apenas contaba diez y siete años, cuando el amor, esa enfermedad del alma en la pubertad, se apoderó de mi ser, no podía comprender un malestar interior que sentía, pero un hecho me explico ese dolor que me mortificaba. Una mañana—seré breve por no molestaros.

—Como queráis.

—Pues bien; una mañana me dirigía á la cátedra de anatomía, cuando de improviso, se presentó á mi vista el ser más bello que en la tierra mora; era una joven morena, que aun ahora me atrevería á jurar, era V.

—Gracias.

(Se continuará).

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

AMÉRICA Y CASTILLA

¡América! Triste suerte
la de mi patria querida,
que al darte á tí nueva vida,
se dió desgraciada muerte.

Cumplióse la ley tirana,
y al sacarte á tí del mar,
en él se fué á sepultar
la grandeza castellana.

Como de la sombra el sol,
y la pena del placer,
al darte á tí el sol del ser,
nació aquí el ser español.

Tú fuiste luz, y él fué sombra,
y pérdida su energía,

vió hacer á la tiranía
de sus laureles alfombra.

Que fué la unión ¡triste unión!
de dos gloriosas regiones,
preparar los escalones
á Castilla y Aragón.

El pensamiento tirano,
de tiempo atrás concebido,
nos trajo ese maldecido
unitarismo romano.

Y al morir la variedad
de los godos y *auctoclonas*,
fundó sólo una corona
de mal y arbitrariedad.

De entonces datan los males
de esta patria venturosa,
que, aunque más chica, gloriosa
venció siempre á sus rivales.

Y no pidió ayuda extraña,
que siempre heroica Castilla,
pudo llegar á Sevilla (1)
sin ser todavía España.

Y solas sus naves fueron,
flotando el pendón morado,
y á ese pendón venerado
un nuevo mundo trajeron.

Vinieron luego otras glorias,
no sé si de oro, ó de cobre,
mas sobre este punto, sobre
él hablarán las historias.

El tiempo pasó y pasó,
y la España unificada,
llegó muerta y destrozada
y al fin rendida cayó.

Entonces un grito santo
de libertad se proclama:
la noble América clama,
porque cese su quebranto.

España, pobre y rendida,
se apresta en vano á luchar,
¿qué victoria va á alcanzar
de una lucha parricida?

En su larga gestación,
formóse América fuerte,
mientras desangrada, inerte,
se envileció su nación.

Que hallaron á un tiempo mismo,
sabía ley de la fortuna,
donde América su cuna,
su madre patria el abismo.

Mató la unión la energía,
no alcanzó allí la unidad.
progresó la libertad,
destruyó la tiranía.

Como en el romano imperio,
al estenderse sus lazos,
cayó la unión á pedazos,
en el opuesto hemisferio.

Que con sus hechos la historia,
muestra siempre á las naciones,
las falaces ilusiones,
de grandeza transitoria.

Aquí la unión, tiranía,
la conquista allí dolores:
¡Esos son los resplandores
que la nación nos envía!

ARTURO VELA BURUAGA.

(1) Sabido es que en tiempo de Fernando el Santo, conquistador de Sevilla y otras muchas poblaciones de aquella comarca, alcanzaron tal empuje las armas castellanas, que sin las debilidades del rey Sabio y las luchas de su reinado, y los de sus sucesores; sin aquellas luchas fratricidas, se hubiera realizado mucho antes la gran epopeya de la Reconquista.

PINTORES ESPAÑOLES

CONTENPORANEOS

LOLA LA MODELO

I

Lola es una muchacha sentimental, á su manera, que tiene ribetes de artista y un corazón capaz de inflamarse por todo aquello que trascienda á ternura ó cosa que lo parezca.

Se crió en buenos pañales y hubiera sido una *distinguida señorita* de provincia, si su papá, honrado comerciante al por menor, no hubiera dado en la manía de dejar esta vida llena de lágrimas en el período crítico de la adolescencia de Lola: entonces la llamaban Dolores.

Quedó la pobre niña á merced de un su pariente, anticuario de oficio y corredor de cuadros en sus ratos de ocio, que eran los más del día; el cual pariente acaparó con un celo *proteccionista* los cuartos de la muchacha, prometiéndola á cambio grandes comodidades futuras y un presente lleno de privaciones y de alimentos, que por su reconocida antigüedad podrían figurar dignamente al lado de los trastos que decoraban el respetable nido del pariente de Lola.

La muchacha estaba fuera de su elemento; aquel museo retrospectivo pesaba sobre su corazón como una losa de plomo, sentía una tristeza desconocida y una ansiedad mortal que la hacía derramar abundantes lágrimas. ¡Ella que hasta entonces no había llorado!

Parecía un ave retozona presa en una jaula de segundo orden, en una cárcel sucia y mal acondicionada, falta de aire, falta de luz, y ¡ay! lo que es peor, falta de un carcelero de mediano aspecto que contara aventuras, que riera, que suspirara... sí, que suspirara de amor por la pobre niña.

No fué la Providencia madrastra de Lola; madre amorosa pudo llamarla, según la prisa que se dió en llenar sus vagas aspiraciones y colmar sus más anhelados deseos.

Una tarde, y tarde de primavera, llamaron á la puerta del anticuario, repiqueteando con inusitado alboroto el pesado aldabón que pendía del lado izquierdo de la puerta de entrada.

Parecía que el aldabón tocaba á gloria; Lola lo entendió así, y arreglando con su blanca mano los rizos *del color de los trigos* que besaban y acariciaban su frente de virgen, corrió entre ruborosa y anhelante á abrir la pesada puerta que crujió al girar sobre los goznes, imitando una melodía de suspiros.

Quedó franca la entrada, y un buen mozo de lengua barba, ojos negros y fácil de conmovier y conmoverse, apareció en el dintel, destacándose por oscuro del fondo luminoso de la calle.

Lola creyó ver un cuadro; se quedó con la boca abierta contemplando aquella maravilla ejecutada con un primor que para sí quisieran algunos pintores de nota, y casi, casi tuvo tentaciones de estrecharlo entre sus brazos, y ocultándolo de este modo á la vista de su pariente, capaz de exponerlo al público y lograr su venta á buen precio.

La figura del cuadro sonreía, y sonreía sin apartar los ojos de la muchacha; pasados algunos momentos cambió de actitud, llevó la mano al sombrero y tomó la palabra.

El repique de gloria del aldabón y los suspiros de los goznes de la puerta, resultaban notas de una murga al lado de aquel torrente de armonía que empezó á escaparse de la boca de fuego del caballero desconocido.

Lola advirtió que no estaba delante de un cuadro, y retrocedió dos pasos.

El original le pareció mucho mejor. ¿Habría encontrado carcelero?

El caballero pasó del portal al recibimiento, y esperó sentado al lado de Lola la llegada del respetable pariente, que aquel día estuvo de negocios y alteró la hora de la comida, con gran contentamiento de la tierna pareja, que empezaba á imitar el *duo de amor* del tercer acto del *Fausto*.

Apareció el nuevo Mefistófeles cargado con una cornucopia de colosales proporciones, y un casco, imitación romana, que debió pertenecer á un gigante.

El pariente de Lola no demostró extrañeza con la presencia del caballero de la lengua barba; acogió su saludo con una amabilidad un tanto exagerada, y sin más dimes ni diretes empezó á buscar entre aquel museo de antigüedades las más primorosas telas, los muebles más respetables por su ancianidad y la más completa colección de armas y azulejos.

Se trataba de un buen parroquiano, de un *ave fénix* que pagaba al contado, sin regatear ni discutir gran cosa la bondad de la mercancia. El pariente de Lola estaba fuera de su centro con la lluvia de monedas que amenazaban inundar su bolsillo.

La niña veía con mal disimulado regocijo la satisfacción de su pariente, y dirigía á su *futuro carcelero* miradas llenas de tiernas promesas y de venturas indefinibles.

El apuesto galán no se dió punto de reposo en comprar á troche y moche todo aquello que mereció su agrado. Cuando juzgó oportuno explicar la atrevida petición que hacía tiempo acariciaba, se dirigió al pariente de Lola; ya es tiempo de decir que se llamaba Juan Araña Búscalo Todo, diciéndole poco más ó menos lo que sigue:

—Estimadísimo D. Juan, usted no ignora que trato de montar un estudio por todo lo alto, un *atelier* que responda á la fama que me ha creado mi último cuadro, un santuario que respire arte y sentimiento. He conseguido mi propósito; la rica colección de objetos que acabo de adquirir bastan y sobran para completar mi numeroso arsenal de antigüedades.

Algo me falta, y ese algo, que para mí *lo es todo*, y acentué el *todo* por lo bajo, mirando á la atónita muchacha, puede usted proporcionármelo á poca costa.

D. Juan no comprendía, ni era fácil que pudiera comprender á dónde iba á parar su incomparable marchante, mas imaginando, como era verdad, que un nuevo favor podía reportarle un nuevo lucro, no tardó en hilvanar la más satisfactoria de las respuestas.

—Por la realización del mejor de sus cuadros, por el arte y por usted mismo, no titubeo en concederle, si está en mi mano, el favor que me pide.

—En su mano, ó mejor dicho, delante de su presencia está el objeto de mis sueños de artista.

Es el caso que desearía hacer una cabeza con objeto de reproducirla más tarde en un cuadro. Su linda pariente podía servirme de modelo, una vez que supera en mucho el bello ideal que tenía concebido. Debo anticiparle que cuento con su consentimiento, y si es digno de su aprobación, mañana daré comienzo á mi tarea.

Quedó D. Juan un tanto perplejo; nunca había imaginado que su pariente pudiera desempeñar el oficio de modelo, ni mucho menos que fuera solicitada con tan finos modales.

No le desagradó la petición, y se propuso explotarla por cuantos medios le proporcionara su ingenio, que era mucho.

—Me parece bien... sí, señor... me parece bien; sólo veo una dificultad práctica que desbarata mis deseos de complacerle. Lola es una niña grande y nada más que una niña grande; su inocencia corre parejas con sus años, y no encuentro *adecuado* exponerla á las miradas y chicleos de los amigos que frecuentan su estudio, *los cuales* podían pensar de esta niña lo que no es, ni será nunca mientras yo la duerma en mi regazo.

Claro está que Lola, no dormía en el regazo de su pariente, ni él trataba tampoco de mentir á costa del decoro de la joven; se trataba de unas frases mal aplicadas, y así lo comprendió el caballero, que replicó de este modo:

—La reputación de Lola no se manchará con ninguna clase de galanterías; yo le prometo colgar en la puerta del estudio el tarjetón que dice: «*Hay modelo*», y nadie será osado á llamar ni á mirar por el ojo de la cerra-

dura, que taparé anticipadamente con cera virgen.

—Queda en pie una gran dificultad: no es posible, y no por desconfianza á V. sino por decoro y miedo al qué dirán que esta muchacha vaya sola al estudio; mis deberes de parentesco me obligan á acompañarla, y francamente, no puedo... tendría que abandonar por algunos días mis negocios.

No agradó al caballero los escrúpulos del anticuario; disimuló, no obstante, su enojo, y replicó de este modo:

—No quede por eso, yo le señalo sueldo y propina mientras dure el trabajo. Todos quedaremos contentos y favorecidos.

Fausto, Margarita y Mefistófeles se estrecharon las manos en señal de mútua alianza.

La inauguración del trabajo *artístico* queda aplazada hasta el día siguiente.

II

Al día siguiente de la entrevista que acabamos de referir, llamaba a la puerta del estudio del eminente pintor Leoncio Murillo una pareja singular, compuesta de un viejo, vestido á la antigua usanza, y una muchacha, bella como los ángeles y rubia como las espigas de los trigos.

El artista que esperaba de antemano la llegada de la original pareja, salió á recibirla con una satisfacción que participaba algo de los goces del gavilán y de la ternura del cocodrilo.

Lola tomó posesión del estudio, precedida por su deudo y pariente, el cual adoptó una actitud académica, reformando sus modales con la mejor forma que le fué posible, y disponiéndose de antemano á satisfacer la ambición dominante de toda su vida; adquirir dinero.

El viejo y la niña quedaron deslumbrados con el extraño aspecto del estudio, si bien por causas enteramente distintas.

Lola admiraba alegre y silenciosa aquel extraño contraste de ricos tapices y de vistosas alegorías; sentía el calor de una atmósfera impregnada de belleza, que inundaba su corazón y trastornaba su cerebro con locas fantasías y horizontes de color de rosa.

Leoncio hizo tomar asiento á Lola, y aprovechando el asombro de la niña, llevó al respetable anticuario al rincón más apartado del estudio; allí comenzaron á hablar en voz baja.

No tengo la menor idea del tema de su plática; sólo puedo afirmar que dió fin con una pantomima llena de elocuencia.

Leoncio llevó la diestra mano al bolsillo del chaleco y sacó algo; el anticuario imitó su ademán en sentido inverso y colocó el algo en su bolsillo, que de vacío pasó á la categoría de repleto por obra y gracia del dadivoso artista.

Sin despedirse del pintor ni de su sobrina se dirigió el satisfecho D. Juan á la puerta de salida, que abrió con cierto misterio y desapareció del estudio encariñado con la santa idea de no estorbar.

Fausto y Margarita se quedaron solos.

Consagró el pintor la primera sesión á admirar las formas plásticas de su nuevo modelo; la segunda la consagró al mismo objeto... á la sexta dieron comienzo los trabajos.

¡Trabajos desventurados! La niña dió en enfermar desde aquel día, y presa de una angustia mortal acudió á su pariente buscando un puerto de salvación que la librara de su melancolía y de los extraños padecimientos que amenazaban destruir el hilo de sus días.

El anticuario fué inexorable. Encumbrado en el pedestal de su decoro no se dignó recibir á su víctima, que aquella noche durmió en medio del arroyo.

Buscó la protección de Leoncio, y el pintor imitó el ejemplo del ilustrado vendedor de antigüedades y de cuadros de poco precio.

III

Un mes después de los anteriores sucesos adquiría popularidad en la villa y corte del

madroño una joven bellísima que se dedicaba con predilección al oficio de modelo. Disputábase los pintores la gloria de reproducirla y retenerla en el estudio; toda figura tomada de ella resultaba figura vendida; tal era el inimitable gracejo con que sabía *ponerse* y sentir una actitud plástica ó un tipo picaresco.

Hizo una mediana fortuna.

¡Pobre Lola!

Del estudio pasó al hospital.

IV

Hoy vive pobre, sola y miserable, soportando medianamente el peso de sus años y la carga de sus achaques.

Proporciona modelos á los pintores establecidos y admite gratificaciones de sus antiguos admiradores y ex-parroquianos.

Sabe la fecha exacta en que se han pintado los cuadros más notables de la época, conoce al dedillo la vida y costumbres de los artistas más notables, la ciudad en que vieron por primera vez la luz solar y el día de su nacimiento.

Sabe todo esto y no se dedica á escribir críticas.

J. NAVARRO REZA.

RIVERA

A la caída de una apacible tarde primaveral, á esa hora en que los últimos rayos del sol bañan de suaves tintas el poético golfo de Nápoles, esa bella ciudad, oreada por las leves auras del Mediterráneo, en cuyos giros van envueltas las sublimes armonías de la Italia, llegaba un joven de fisonomía simpática, en cuya frente brillaba la llama del genio y cuyos vestidos delataban la más completa miseria.

Antes de penetrar en sus calles quedó inmóvil junto al mar, recreando su mirada en la contemplación de su serena superficie, y ora orlaba sus finos labios una dulce sonrisa, ora se cubría su rostro de mortal palidez.

En brazos de la fantasía, su alma se elevaba á mundos ideales, nuevo Icaro que miraba derretidas las alas de su genio por el fuego del infortunio y que soñando la inmortalidad, se arrojaba en el seno de la muerte.

En el colmo de su desesperación, alzando sus ojos al cielo, cerrando después sus pupilas, se arrojó al mar, cuyas espumosas ondas se estrellaban á sus pies, y en las que hubiera hallado su tumba á no pasar por aquel sitio un pescador que, viéndole en lucha con la agonía, se lanzó en su auxilio, logrando salvarle.

El joven había contemplado su miseria y quiso ahogarla bajo aquellas aguas menos amargas que su suerte.

Interrogado por el marino acerca de su terrible determinación, el joven, conmovido, le contó esta historia:

—Soy español, nací en aquel paraíso del ibero suelo llamado Valencia, y las bellezas de aquel pueblo llenaron mi alma de amor al arte y soñé la gloria del artista.

Busqué en los pinceles el afán que me dominaba, y discípulo de Francisco de Rivalta, aprendí á dar vida al lienzo; pero el estudio de mi maestro era recinto demasiado estrecho á contener mi afán, y en busca de mayor gloria le abandoné.

Sin más fortuna que la clemencia del cielo, testigo de mi ilusión y de mis cuitas, á pie, mendigando mi sustento, pasé á Roma, deseando copiar á los grandes maestros; pero el destino me persiguió sañudo, y poco después dejé aquel lugar y de la misma suerte me vine á Nápoles.

Hace una hora que he llegado, y contemplando mi desgracia, quise acabar con la muerte mis pesares.

El alma del pescador se conmovió por el triste relato del joven, y le ofreció su morada y su mesa con esa franqueza ruda, pero noble, que caracteriza á los hombres de mar, y el pintor aceptó con la expresión de gratitud innata en las grandes almas.

Poco después la encantadora napolitana, que compartía con el marino los placeres de una noble vida conyugal, ponía sobre la blanca mesa una frugal cena, reparadora de los cansados músculos del honrado esposo y el abatido huésped.

Aquella hospitalidad incondicional se dilataba, y por más que el artista sólo encontraba amabilidad y

cariñosa solicitud por parte de sus bienhechores, no cuadraba á su manera de ser aquella vida.

Todas las mañanas se iba á la iglesia, porque su alma cristiana necesitaba este consuelo, y todos los días veía entrar en el templo una hermosa joven, acompañada de una dueña.

Entonces se apresuraba á ofrecerle agua bendita, que ella aceptaba con celestial sonrisa, y él, que al contacto de aquella mano de nieve, en la suya trémula, sentía una emoción indefinible, siempre permanecía mudo, nunca se atrevía á deslizar por sus labios una frase de amor, y eso que amor sentía hacia ella.

Pero ¿á qué? Si su mirada fija en los ojos volcánicos de aquella mujer la decía tanto, la hablaba con tan elocuente lenguaje, que tosca hubiera sido la más delicada palabra que hubiera pronunciado.

El genio siempre gigante, siempre creador, da forma y vida y nombre y cualidades á todo; así es que, el de nuestro heroe, adornó á la mujer que admiraba de las más bellas perfecciones, y en su delirio hasta la dió nombre, porque le era preciso nombrarla en los éxtasis de su amor.

¡*Angiolina!* Así la llamaba, y en verdad que estaba bien aplicado el simil, porque era un ángel.

Pasaron así días, y llegó uno en que el joven, quizá involuntariamente, quizá impulsado por una fuerza superior á su timidez, al tender su mano á la desconocida, cuando entró en el templo, deslizó en su oído breves, pero sublimes frases; un lacónico, pero armonioso poema de amor.

La dueña, que espiaba al joven, se apercebíó y lanzó una mirada adusta al mancebo.

El hijo de Apeles seguía soñando.

Su *Angiolina* ¿qué sentía?

Esto era un enigma para él. ¿Cómo hablarla? ¿Cómo tener con aquella mujer una amorosa entrevista, que le diera á conocer los sentimientos que hacia ella le animaban, si siempre estaba á su lado la dueña?

¡Imposible!

Al siguiente día esperó nuestro joven en vano la llegada de las dos mujeres, y en vano las esperó también los días siguientes.

¡Como si el eco de sus frases hubiera sido el hábito infernal que hiciera huir el embalsamado efluvio del nardo, así la primera expansión de su comprimido sentimiento de idolatría, hizo desaparecer la mujer que le inspiraba tanto!...

Entonces se despertó en su alma la ambición, quiso ser algo para poderlo ofrecer á aquella mujer, que buscaría con afán por todo Nápoles, por toda Italia, por todo el mundo si era preciso.

Estaba enamorado, y el amor lo vence todo.

Su noble protector pudo encontrar una recomendación para uno de los más afamados mercaderes de cuadros y con el joven se presentó en el estudio, pidiendo se le concediera trabajo.

El mercader pasó revista con mirada escudriñadora al aspirante y contestó con una negativa, aduciendo la poca edad del pintor y considerándole poco experto para manejar un pincel, allí donde figuraban inspiradas producciones de los primeros maestros de la época.

El orgullo artístico del joven, herido, no pudo permanecer indiferente, y en son de protesta á tan gratuita suposición, dijo:

—Sin ver mi aptitud, sin conocimiento de lo que puede crear mi pincel guiado por mi mano, no debierais rechazarme; os concedo el derecho de no admitirme, pero nunca el de hacer apreciaciones que puedan herir mi susceptibilidad de artista. Si en vuestro estudio figuran lienzos de gigantescos pinceles, yo en cambio tengo en mi abono, el que mi ilustre maestro me haya dejado, más dé una vez, un puesto en sus cuadros.

Y su palabra era tan persuasiva y animada de fuego, que el mercader le ofreció lienzo, paleta y pinceles, para que probara su suficiencia.

¿Qué pinto?

—Cualquier cosa, una cabeza.

Pintaré la de un ángel.

Y su mano experta empezó á manejar el pincel, que trazaba con increíble maestría, un rostro divino.

Termina, arroja la paleta y los pinceles y muestra su obra al mercader, que contempla atónito aquella expresión viva, aquellos claro-oscuros llenos de verdad, aquellas tintas dulces, aquellos delicados perfiles.

—¿Quién es esa mujer?—dice.

—Un ángel...

—Ese retrato es de una mujer—replica el mercader.—¿Dónde la habéis visto?

—Dudo de su existencia real, pues solo la ví en el templo al lado de la *Santa Madonna*, y creo que es uno de los ángeles que la rodeaban; pero si es mujer, sólo puedo decir que la ví allí, que se llama Angiolina, y que á sus encantos debo el sentir dentro de mi corazón, con el mismo fuego, con la misma vehemencia, unido al amor al arte, el amor á sus divinos encantos.

—Pues bien—dice aquel hombre que le había despreciado al primer golpe de vista y ya le admiraba—quedáis admitido en mi casa, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de casaros con mi hija.

El joven, frunciendo el ceño, al escuchar tal proposición, le dice no vino á ofrecerle su corazón, sino su trabajo; que la miseria pudo obligarle á mendigar á sus puertas un sueldo, vendiendo sus obras, pero que en cambio todos los tesoros del mundo eran poco para comprar uno solo de los impulsos de su alma.

El mercader, sin pronunciar una sola palabra, salió del estudio y pocos momentos después, vuelve con su hija.

—¡Angiolina!—exclama el joven que ve en la mujer que acaba de rechazar al ideal de su sueño, la original de aquel retrato que su fantasía trazó en el lienzo, y arrojándose á sus pies y estrechando su mano, dice á aquel hombre que le ofrecía la dicha en la realización de sus ilusiones.

—Sí, ¡cómo no aceptar el sediento peregrino las cristalinas aguas de la fuente! ¡Cómo no admitir el ciego la luz! ¡Cómo rechazar la errante avecilla un nido de amor...!

—¡Angiolina! mi esposa...!

Pocos días después un numeroso gentío se agolpaba al escaparate donde exhibía el mercader sus cuadros, admirando uno que representaba el martirio de San Bartolomé.

JUAN JOSÉ

I

Nació por una de esas leyes ineludibles de la naturaleza. Así como el choque de dos electricidades contrarias produce el rayo, la aproximación de un sexo á otro le produjo á él. Su madre era una mujer que comerciaba impudicamente con su cuerpo; amante del lujo, ansiosa de obtenerle, no perdonaba medio alguno para lograr sus fines, se entregó á un hombre, como lo había hecho con muchos, por codicia, buscando un interés nuevo á su hermoso y repugnante capital. El hombre satisfizo un capricho y se alejó; acaso no haya ni memoria de tal acontecimiento.

Efecto sublime de una causa miserable, aquella mujer, sintió algo que, al agitarse en sus entrañas con destellos de vida, deformaba su cuerpo, borrando la belleza de sus contornos, aminorando su valor intrínseco. Comenzó por despreciarle y acabó por aborrecerle. Ella decía. Este ser que me hace madre, ¿para qué me sirve? ¿He pedido yo á Dios que me le conceda? Entonces, ¿á qué viene? ¿Por qué se agita y cobra elementos de vitalidad dentro de mí? Y una vez en el mundo, ¿qué obligaciones debo yo á esta criatura que comienza su carrera por desfigurar mi rostro, cortándome los vuelos por un espacio de tiempo determinado? A impulsos de lógica tan cruel, su odio crecía, sus ideas se depuraban en el crisol del crimen y su norma de conducta trazóse poco á poco sobre su helado corazón. La fiera afilaba sus garras para vencer el obstáculo que la detenía.

Eugendrado sin amor, por sorpresa; aborrecido antes de nacer, el niño, cuya historia pretendo escribir, vino al mundo en el revuelto lecho de una mancebía. Le costaba trabajo vivir, como presintiendo muchos temores y muchas angustias en su futuro estado, resistíase á ocuparle. Vencido al fin, rodó sobre la cama, la madre lanzó un suspiro de placer al verse libre de tamaño peso, y sus compañeras, pasando al hijo de una á otra, comenzaron á demostrarle con palabras estúpidas á las que él respondía con su llanto. Vuelta ella en sí le presentaron al niño. ¿Qué haré yo de esto? He aquí la única expresión que brotaron los labios de aquella tigre; ni un beso, ni una frase cariñosa, ninguna muestra de sensibili-

dad dieron su voz ó sus brazos; le acostó junto á ella, la dejaron sola, y se durmió como si tal ser no existiera.

Esta fué la primera noche de un angel.

La segunda revistió formas aún más sangrientas; guardó con la pasada relaciones iguales á las que existen entre una idea y un hecho. Aquella madre desnaturalizada, obedeciendo á un plan de largo tiempo concebido, esperando á que reposaran todos en la vivienda infame, alzóse del lecho, envolvió al niño (que dormía profundamente) en un trozo de tela, le atrajo hácia sí, no para protegerle, sino para ahogar su voz si despertaba; y cauteloso como una hiena, atenta al más leve rumor, deslízose sombría, fatal á través de los oscuros corredores.

Ya en la calle, y después de avanzar algunos pasos, dobló la esquina y miró á todas partes. Estaba sola, sin testigos que la delataran. Ni Dios, ni su conciencia, podían serlo; negaba al uno y desconocía á la otra. Arrojó el estorbo sobre el empedrado como lo hubiera hecho con un objeto insensible, y se alejó.

Pobre flor de inocencia, al entreabrir sus pétalos perfumados, el infeliz expósito vióse ante dos abismos, á cual más espantoso, prontos á devorarle. Una muerte próxima y una sociedad indiferente.

II

Cuando la naturaleza se dispone á herir lo hace de una manera terrible. Las más perfectas combinaciones de una inteligencia infinita dedicada al crimen, las aplica á su obra. Esa causa de todo efecto, tiene sus odios, odios implacables que ni cambian, ni se mitigan, grande siempre en todas sus manifestaciones, su amor es sublime, su aborrecimiento monstruoso. Cruel en extremo, dotada de ese valor cobarde que reviste á la impunidad, oprime al ser, objeto de sus furias, con férrea mano y le aplasta entre ella lentamente, gozándose en sus dolores, embriagándose con los gritos sordos que arranca á un corazón desesperado. Aquel niño inocente fué recogido en su abandono por una mendiga que, obedeciendo más que á sentimientos de caridad, á cálculo especulativo, le llevó á su casa. Allí, después de cubrirle con unos sucios y amarillentos andrajos, le dió de mamar, le tendió en el humilde lecho, donde reposaba un hijo suyo de pocos meses y se entregó al descanso.

A la mañana siguiente, mañana lluviosa y fría del mes de Febrero, la mendiga, cuidando de no despertar al otro, cogió al expósito bruscamente y le condujo á través de las fangosas calles, en demanda de una limosna, suficiente á cubrir sus atenciones. Con el recién nacido en brazos inspiraba lástima, y cuando su voz quejumbrosa hería los oídos reclamando un pedazo de pan para el hijo de sus entrañas, muchos se apresuraban á satisfacer los deseos de la industrial desconocida. El fruto de sus lamentaciones fué cuantioso, relativamente, y la mujer volvió á su casa satisfecha de tan inesperada adquisición. Al penetrar en el cuarto, el hijo suyo, no el apócrifo el verdadero la tendió los brazos, y ella, á impulsos de su amor de madre, le besó en las mejillas diciendo: Pobrecito; á no ser por este te hubieras muerto de frío.

Desde entonces, el infeliz huérfano, que para diferenciarse de los demás seres, necesitaba un nombre cualquiera, le tuvo. Su madre adoptiva, por capricho acaso, acaso por recuerdo, le llamó Juan José. Esto fué todo.

Trascurrieron los meses; ya emitía el muchacho con frase torpe sus infantiles pensamientos, que nadie se ocupó de dirigir. Su madre adoptiva, cariñosa en extremo con el otro, que aunque nada hiciera había salido de su vientre, guardaba para este desgraciado sus horas de mal humor, sus dictérios y vejámenes.

Cuando Juan José, obediente y sumiso como un perro, tuvo cuatro años, agarraba con sus manecitas el vestido ó pantalón de los transeuntes, pidiendo tristemente una limosna, que corría á entregar á su madre, quien, recostada en el quicio de una puerta, guardaba en su bolsillo, caja de tan repugnante tráfico, el interés que la producía el pequeño. Los transeuntes miran á Juan José, unos con desprecio; otros con lástima; los más con indiferencia, y el pobre muchacho, sin encontrar amor en nadie, fué creciendo, y al crecer pensó, y al pensar halló en su vida algo extraño, diferencias grandes entre él y el resto de la sociedad. Quiso buscar la causa de tales diferencias y tomó como punto de partida las que le distanciaban de su hermano. Este

en su casa y él en la calle buscando alimento para los dos; la mujer, madre de entrambos, cariñosa con el primero, adusta con el segundo. ¿Qué era aquello? ¿Por qué era aquello? Esta idea, grabada en su joven imaginación, le obligó á reflexionar. El hombre, al verse atacado, busca medios para su defensa.

Una noche (ya tenía trece años) preguntó á la que consideraba como madre suya los motivos de tanta injusticia, ella le respondió: «Tú no eres hijo mío; yo te recogí en medio del arroyo y te puse á mi lado. De más hago». Juan José palideció; un hecho terrible se presentaba á su análisis. «Y mi madre, dijo de pronto, ¿quién es?» «No sé»; le respondieron. Entonces, avergonzado, sin contestar palabra, se acostó.

Pasaron las horas; el adolescente no dormía, meditaba; y término de sus meditaciones fueron las siguientes frases, que mentalmente pronunció: «Puesto que no soy hijo suyo, no estoy obligado á pedir para ella ni para el otro. Que pida él». Y al día siguiente salió solo como de costumbre, como de costumbre pordioseó, pero al volver á su casa lo hizo sin dinero. «¿Cuánto traes, preguntó la mujer». «Nada». A tal respuesta siguióse un golpe que le arrancó un grito, grito rabioso, réplica justa de una agresión inmotivada.

Cuando la mujer, furiosa, quiso secundarle, Juan José no estaba; al sentirse herido dió un salto formidable y se alejó.

El instinto de la libertad, innato en el hombre, le atraía.

III

Sabido es cuanto influyen en el individuo sus condiciones fisiológicas. Esa fuerza ignorada, que regula nuestras acciones, fuerza inquebrantable, poderosa, como sino tuviera bastante con haberle colocado en la difícil situación por que atravesaba, dió á Juan José una imaginación ardiente, de la que eran reflejo los menores detalles de su vida, las más leves manifestaciones de su espíritu. Aquel temperamento, absolutamente meridional, pronto á hacer suyas cuantas impresiones recibía, saturado de deseos, ávido de goces, buscaba afanosamente una ocasión para manifestarse y la encontró. Hizo durante cuatro ó cinco años la vida propia al pilluelo de todos los países, hasta que un incidente, previsto por la marcha progresiva de los acontecimientos, le arrancó del vacío donde se agitaba, grabando con trágicas líneas su paso por el mundo.

Una mozuela, bella y graciosa hasta el descaro, de libres costumbres y equívoca conducta, gustó de él. Sin noción alguna de pureza, hecha á manifestar sus impresiones cualquiera que estas fuesen, no tardó en indicarle sus deseos, y Juan José, que hasta entonces sólo había encontrado en el mundo desprecio ó indiferencia, vió nuevos horizontes que, al mostrarse á sus ojos, le ofrecían un porvenir de ventura. El cariño que Rosa (así se llamaba ella) parecía tenerle, era la tabla salvadora de que procuraba asirse el naufrago, abandonado en los borrascosos mares de la sociedad; las pasiones dormidas en su corazón, despertaron; al verse querido, sintió agitarse la sangre de sus venas con precipitado ritmo y delirante, trémulo, se arrojó en los brazos de aquella mujer, únicos que se abrieron en el mundo para recibirle cariñosos. Su primer beso le abrasó el alma, y, ganoso de aspirar todas las sensaciones nuevas que su amante le ofrecía, no retardó en el momento de lanzarse, con deleite, en los desconocidos espacios que le aguardaban.

Una vez impulsada aquella imaginación ardiente, era difícil de sujetar. Rosa lo fué todo para él, porque decía: «Yo, abandonado en el arroyo por una fiera, que no me atrevo á llamar madre; ultrajado por la mujer infame á quien serví de instrumento; que nada significo en el mundo, represento para ella algo que estima como suyo propio. Rosa es, por esta razón, mi madre, mi hermana, mi querida; reasume en un afecto, todas las diversas formas del afectos y la adoro. ¿Qué podrá exigirme que yo no me apresure á concederle.»

Acordes, por esta vez, cerebro y corazón, el mozo llevó su apasionada idea al límite, y adivinando los menores caprichos de aquella mujer, se apresuraba á complacerlos. Esa esclavitud dulce que no hiera, porque es voluntaria, le había amarrado á su cadena, y Juan José, inexperto, alucinado, no juzgaba que tal situación pudiera conducirle á un extremo horrible, abismo monstruoso, en cuyo borde el pie tropieza y el hombre cae.

Rosa, desprovista por completo de sentimientos puros, enlazada á él por un capricho de organización, respirando el aire fétido que reina en la atmósfera viciada que ocupan esas hijas espúreas del impudor, sentía necesidades, casi imposibles de realizar. Juan José le sacrificaba el fruto miserable de su trabajo; pero esto era insuficiente; apenas si bastaba para comer, y ella, dueña absoluta de aquel corazón noble, de aquel carácter arrebatado, le precipitó.

Una noche en que llegó como todas á su casa, rendido de cansancio, abrumado por la fatiga, la encontró llorando.

—¿Qué tienes?—dijo.

—Nada—respondió la muchacha.

—¿Cómo nada? Por nada no se llora. Tú sufres y yo tengo derecho para averiguar los motivos de tu pena. Dímelos.

Cuanto más insistía el mancebo, era mayor la resistencia de Rosa. Al fin, como venciendo trabajosamente su repugnancia, exclamó:

—Lloro, porque el frío comienza á sentirse y no tengo mantón que ponerme. ¡Me voy á helar este invierno!

Juan José, estremecido por aquella revelación que le volvía á la realidad, no supo qué responder. Ocultó su cabeza entre las manos y permaneció silencioso. Ella le miraba fijamente. La escena era triste, la situación apurada. La mujer esperando y el hombre inmóvil. Miseria á un lado, necesidad á otro. Suprimir la primera y satisfacer la segunda; hé aquí el problema; problema gigante que un ser, ni instruido, ni moralizado, debía resolver. Ese aparato, cuyo mecanismo incógnito nos hace pensar, trabajaba rudamente dentro de aquella imaginación impetuosa, nubes de tempestad, agrupándose sobre aquel cerebro le oscurecían; el hombre meditaba.

De repente, levantó la cabeza. Las nubes se abrieron y brotó el rayo.—¿Te hace falta mantón?—gritó con voz ronca—le tendrás.

Y abandonó la estancia con actitud resuelta.

Ya en la calle, corriendo como un insensato, no se detuvo hasta tropezar con un hombre que pacíficamente la cruzaba. Le sujetó con fuerza y poniéndole la navaja en el pecho.—Trae lo que tengas. ¡Pronto!—dijo. El otro, asustado, entregándole cuanto llevaba; se alejó á escape... Juan José volvió á su casa y arrojando el producto del robo sobre una mesa.—Compra el mantón, Rosa—exclamó.—¿De dónde has sacado ese dinero?—preguntó ella.—¿Qué te importa? ¿No lo necesitas? ¡Ahí lo tienes!

El problema estaba resuelto, y como último término de la solución, se leía esta palabra: Crimen.

IV

Juan José, preso al día siguiente, entró en la cárcel.

Confundido con aquella gente viciosa y corrompida, para quien la fuerza es derecho y el golpe, persuasión; obligado á vivir entre hombres de crueles instintos y salvajes procedimientos, procuró hacerse lugar y le tuvo.

Rosa iba á verle y las horas, cortas, sí, pero gratas, en que á través de la reja la miraba, eran suficientes á dulcificar sus amargas. La esperanza, asida con fuerza de su corazón; resistíase á dejarle, y el infeliz preso, gozando tan supremo bien, y esperaba el instante de su libertad.

Bien pronto, sin embargo, cambióse el aspecto de las cosas. Sentenciado á dos años de presidio, partió sin verla, y desde entonces, ni una carta, ni una noticia, en contestación á las suyas, recibió Juan José. ¿Qué era aquello? ¿Por qué Rosa no le escribía? ¿Como, ella, causante de su desgracia, le abandonaba? ¿Cabía esto en lo posible? El no podía creerlo y, no obstante, la realidad se impuso. Al verse solo, aquel hombre no luchó, se dejó guiar. Arrojado del mundo, escarnecido por la mujer, origen de sus desgracias, el mozo solicitó de los seres, que iban á ser sus compañeros, protección y amparo. En aquellos sombríos patios aprendió cuanto aprender puede una imaginación ardiente y contrariada; el ejemplo, que tan poderosamente influye sobre nosotros, le ofrecía escenas repugnantes á las que su vista se acostumbró. La semilla dió fruto, y el criminal inconsciente fué criminal por oficio.

Así, adiestrándose en su nueva profesión, sin noticias de Rosa, pasó el tiempo, y el carácter de Juan José, reconcentrándose, se hizo feroz.

Cuando cumplida su condena le dijeron que estaba libre, alzó la frente, una blasfemia espantosa bro-

tó de sus labios, y rápido como el tigre á quien abren la jaula, abandonó el presidio.

V

Indignado aquí, preguntando allá, supo al fin que Rosa, enamorada de otro, había encontrado en la ausencia lenitivo bastante para su mal y en el olvido ancha sepultura donde ocultar el recuerdo de un ladrón. Aquella noticia le aterrorizó y durante una noche de insomnio, su mente, impulsada por la venganza, venganza justa después de todo, trazose un plan, cuyos funestos resultados me es imposible traer á la memoria sin que mi corazón se estremezca. Quien le hubiera visto con los cabellos en desorden, la faz pálida, los labios contraídos y el cuerpo trémulo recorrer ya precipitadamente, ya con lento paso la humilde habitación que le servía de refugio, hubies temblado. El alma en sus inquebrantables leyes siente, como los seres físicos, impulsos y atracciones ineludibles; cuando su inmovilidad se perturba, el efecto guarda perfecta y armónica relación con la causa, y el presidiario pervertido, el hombre ultrajado al verse sólo, sin el afecto de la mujer, origen de sus desgracias, sintió vehementes impulsos de odio, sed inextinguible de sangre. Una voz interna, le decía. «¿Te han herido? ¡hierel!» y la generosidad y la esperanza huían de su corazón para dar paso á una imagen sangrienta.

Al día siguiente dirigióse Juan José á la casa donde vivía Rosa. Subió temblando y temblando llamó á la puerta. Una voz de hombre, que le rasgó los oídos, dijo:

—Abre.

—Voy—respondió ella.

Al escucharla Juan José palideció, oprimió fuertemente el mango de un cuchillo, y con el oído atento y el cuerpo firme, esperó á que le abriesen.

Al abrirse la puerta descubrió á Rosa. Su antigua querida le reconoció, y lanzando un grito de espanto, quiso huir; pero él, sujetándola con fuerza, la hundió el puñal en la garganta y siguió adelante. El que estaba dentro acudió presuroso, y Juan José, mostrándole el cadáver, le dijo:

—Ya que no has podido defenderla, defiéndete.

Una lucha espantosa siguió á estas palabras. Aquellos dos hombres rabiosos, se amagaban, se herían sin conseguir su objeto... De pronto Juan José dió un salto gigante, el otro exhaló un gemido, quiso sostenerse... y cayó...

Cuando la gente, avisada por las voces subían, Juan José, adelantándose hasta el extremo de la habitación, con el ensangrentado cuchillo en la diestra, exclamó con acento breve, seco y nervioso:

—Yo he sido, llevadme.

VI

Al tener noticias del espantoso crimen la sociedad, herida en sus fundamentales principios, pidió justicia; el asesino subió, por el mandato de sus leyes, las gradas del patíbulo, y la *vindicta* pública se satisfizo. Mas ¡ay! que si en el último instante, cuando la fría argolla apretaba su garganta y un populacho estúpido le miraba, el hombre se hubiese alzado con la faz cárdena por la asfixia y la voz ronca por la angustia, ¡qué de razones no pudiera exponer en su favor aquella víctima de la sociedad, que un crimen trajo al mundo para que otro crimen le arrancara de él!!

JOAQUÍN DICENTA.

EL CÓLERA

Envuelto entre fantásticas leyendas, como señor de siglos que murieron, espantados los pueblos recibieron, tu visita temida en sus viviendas. Provocador de atléticas contiendas, de sueños y milagros te vistieron, la magia y la locura te encubrieron para que tu alta majestad estendidas, y en el aire, en el agua, en toda parte, mostrando al mundo tu poder divino, pudiste penetrar y disfrazarte, perdiste el pueblo el valor, la fe y el tino é inconsciente y fatal, es tal tu arte, que ser Dios del terror es tu destino.

ARTURO VELA BURUAGA.

LA MUJER

¿Qué son las leyes humanas para la mujer? Un catálogo de continuadas tiranías, si fuertes en el orden material, más opresoras en el orden moral.

Desde su cuna, la mujer ha sido esclava de la intolerancia del hombre, de las exigencias de la familia, de la tiranía social.

Se la exige hasta el sacrificio de los impulsos de su corazón, y si religiosamente cumple los deberes que el Código social le impone, sólo se la premia con un:

«Ha hecho lo que debía.»

Se ha limitado en todos tiempos su esfera á estrechos horizontes, se le ha marcado siempre como templo, el hogar doméstico, como religión, la familia, su genio sólo ha podido remontarse al techo de su gabinete, y, sin embargo, ¿de cuánto es capaz la mujer?

Sus mismos detractores la idealizan entre la acritud de sus diatribas, entre la despótica parcialidad de sus apreciaciones.

Si nada supone en los anchos mundos de la ciencia, si sólo es apta para cumplir la misión de esclava del hogar; ¿cómo ha dado tanto en qué pensar desde Eurípides, á Fr. Luis de León, de San Jerónimo, á Proudhon, á tantos genios, que ya alzando la bandera de su redención, ya arrojándola al fango del desprecio, han llenado infinitos volúmenes?

Si la mujer es sólo una flor del hogar, sólo pudo inspirar al vate para asunto de una poesía.

Pero no, la mujer sirve para algo más que para manejar la aguja; su genio puede dirigir y administrar algo más que el estrecho recinto de su morada.

¿Y qué dique pone la sinrazón á sus naturales aspiraciones?

Las diferencias orgánicas: si la sangre del hombre aventaja á la de la mujer en glóbulos rojos, y tiene menos glóbulos blancos; las funciones del sexo; la falta de talla, más corta en ella; que se desarrolla con más rapidez y se acaba antes; que los latidos de su corazón son más frecuentes; que su esqueleto es menos duro; que atesora menos sales calcáreas; que es más chico su cerebro, mayor su temperamento nervioso; que está, en fin, sujeta á muchos padecimientos.

Si estas causas físicas pueden ser la negación de la capacidad femenil para emprender el sendero de la emancipación; si estos razonamientos son todo lo fuertes, profundos y lógicos para apartarla del aula, si es imposible que se lance con éxito al mundo de las ciencias, ¿á qué esos temores, á qué sentar esas hipótesis de que, apartándose de la inacción en que hoy se abisma, pudiera la mujer perder la poesía de su amor, de su maternidad, de sus afectos dulces, tiernos, sublimes?

Si las leyes físicas y naturales sujetan á la mujer á un estrecho círculo, no hay por qué temer; dejadlas y ellas se estrellarán en la roca de la impotencia; acompañadlas hasta las puertas de las Universidades, y cuando se desengañen que fuera de su costurero y su tocador, nada hay para ellas practicable, conducidlas de nuevo al hogar, y decidlas:

«Ya lo veis, esa es vuestra única misión.»

Pero si, por el contrario, las veís elevarse, las miráis llegar victoriosas á la meta del estudio, negando con sus hechos lo que decía Mm. Necker, negándose á sí misma: *que les falta la idea creadora, que no puede atribuirseles ninguna de las grandes obras que constituyen la gloria de un siglo ó de una nación;* como si entre otros nombres gloriosos no registrara la historia á Virginia, Juana de Arco, Santa Teresa de Jesús, Mm. Stael, glorias de su tiempo, á pesar de no haber tenido los medios de enaltecerse reservados al hombre, entonces no temáis que pierda su encanto juvenil, su belleza conyugal, su idealización maternal, porque claros ejemplos nos ofrece la historia de estas mismas sabias y eruditas que han hecho compatibles esos dos poderes.

Si Dido, que primero gobernó su reino con gran esplendor y brillo para su majestad, se

degradó más tarde en los brazos de Eneas, hay en cambio una Gabriela Emilia, amantísima madre y autora de las *Instituciones de Física*, un análisis de la *Filosofía de Leibnitz*, y una traducción anotada de los principios de Newton, Mm. Leprince, tan buena esposa y madre como escritora de sana doctrina en sus *Diálogos entre una institutriz y sus discípulos* y *El almacén de pobres ó las gentes del campo*; Mm. Lechapelle, esclava de la familia y comandrona superior del Hotel Dieu, autora de la *práctica de partear*, de cuya materia dió varios cursos públicos que dieron por resultado notables discípulas; Lady Mary Worley, que hizo conocer en Europa la inoculación de la viruela; Ana María Scherman que poseía el latín, el griego, el etíope, el hebreo, la música, la pintura, la escultura, el grabado y la religión de la familia; Sofía Isabel Weber de Bruner, cuyas obras impresas en dos volúmenes no fueron óbice para dar á su esposo quince hijos; Constanza de Theis, princesa de Salm, que ocupó dos veces el tálamo nupcial, sin que por eso deje de haber producido tan notables poesías didácticas que le hayan valido el título de musa de la razón; Agnodice, mujer tan amante de su hogar como de la ciencia por la que llegó á disfrazarse para poder ejercer la medicina; María Paulina de Lezardiere, autora de una *Teoría de las leyes políticas de la Monarquía francesa*; Cayetana Agnesi, que sustituyó á su padre en la enseñanza de las matemáticas con la anuencia del Papa Benedicto XIV; Catalina Bassi, sabia y miembro de tantas academias, casada con el br. Verati, profesora de física, haciendo varios descubrimientos sobre la compresión del aire, y cumpliendo religiosamente sus deberes de madre de doce hijos; Mistriss Barhauld, que desde el aprisco pasó á la república de las letras, y escribió mucho y dirigió un colegio, y nutrió á sus pechos diez hijos; Octavia Belot que, dos veces casada, no faltó á sus deberes conyugales y maternos educando muchos hijos, á pesar de ser fecunda y sabia escritora, y... se harían interminables nuestras citas, se agolpan á nuestra mente nombres ilustres circundados por la aureola de la gloria y los resplandores del hogar, no acabaríamos de citar entidades que justifican la capacidad de la mujer para el desarrollo de su inteligencia, sin desdoro de la dulce misión que el cielo la encomendó para que nos diera vida de su vida, sangre de su sangre, alimento de su seno, cariño de su alma, amor de su corazón, besos de sus labios, lágrimas de sus pupilas.

Abranse las puertas del mundo social á la mujer y veámosla en los escritorios de las casas de comercio, en las oficinas, en el telégrafo, en las artes y en las ciencias; no llevemos nuestro puritanismo hasta mofarnos de la idea de verlas con el escalpelo ensangrentadas sus manos haciendo una cura, mientras las buscamos para que se llenen las manos de sangre curando á los heridos en el hospital y en el campo de batalla; ó con la mira en la mano, cruzar el monte llenas de sudor y polvo, si las consentimos trabajar en los campos, trabajo más rudo, y en los talleres, aspirando el polvo del tabaco, el algodón, etc.

Basta ya de mirar á la mujer como un predilecto objeto de placer ó conveniencia, ó cuanto más como un modelo de estética, puesto que sus facultades morales guardan tan exacta analogía con las del hombre, puesto que como el hombre goza y sufre y siente y medita y se inspira y se enardece; una su poderosa fuerza esa mitad hermosa del género humano á la de la otra mitad egoísta y ambiciosa, y láncese el todo á resolver de consuno los grandes problemas que á cada paso nos ofrece la vida y lleguen las mujeres al doctorado, á la tribuna, á todas partes, como el hombre llega, y ya que el hombre hasta robarlas intenta, lo que, como limosna las otorgara, con las máquinas que arrebatan á sus manos el trabajo que las proporciona el sustento y hasta ocupa el lugar que las señaló en el taller de modista, en los establecimientos de aderezos, plumas, encajes y otras mil materias que parecen confeccionadas

para estar sólo en sus manos, mientras á sus manos no se las permita ostentar los atributos de las ciencias y las artes.

RAMÓN ORTÍZ Y BENEYTO.

À ROSITA

¿Porque un beso te robé
conmigo te has enojado?
No creí fuera un pecado,
perdóname si pequé.

No creí fuera un exceso
el que cometí mi labio,
no pensé hacerte un agravio,
Rosita, dándote un beso.

Pero si mi atrevimiento
te ha puesto de mal humor,
si una prueba de mi amor
te ha causado sentimiento;

si en un rapto de locura
á besar me propasé,
si es que tu faz empañé,
si marchité tu hermosura;

si crees que el beso lo dí
no estando como conviene,
si resentimiento tiene
tu corazón contra mí;

te hago una proposición
que puedes ó no aceptar
y que te hará recobrar
lo que te robó el ladrón.

El beso puedes quitarme:
(y así matas tus agravios)
de los míos, con tus labios,
puedes el beso arrancarme.

De esta manera, Rosita,
calmarás tantos enojos
y no veré yo, en tus ojos,
la nube que los marchita.

Madrid 14 de Setiembre de 1885.

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

LOS PAISANOS

I

Cuando Antoñete salió por vez primera del sucio y lóbrego cuartelón de San Mateo y se vió con libertad hasta la hora del toque de lista, comenzó á caminar como un tonto por las calles; sabía ir sin temor de perderse hasta la Puerta del Sol, y seguro estaba de acertar á volver al cuartel.

Muchos de sus camaradas se habían adelantado, perdiéndose en animados grupos al volver de la esquina; él marchaba con cierto abrumamiento de espíritu; la multitud de transeúntes, el movimiento de la gran población, causaban en su alma un extraño asombro; pero al propio tiempo denotaba en el aire de su paso, que no estaba descontento con aquellos pantalones rojos, aquella chaquetilla azul de botones doradas, aquel ros y aquella bayoneta pendiente del cinturón; sentía ese gozo pueril del que lleva por vez primera un uniforme militar.

Le parecían sus íntimos recuerdos tan dulces, tan puros, tan sencillos, como risibles y propios de la timidez de un recluta; veía las casitas de piedras y tejadillos bajos, el oscuro montón de edificaciones toscas, algo semejantes á chozas y cabañas y en medio la pobre torre de la iglesia; veía la altura cubierta de redondas y oscuras encinas, el pinar antiguo, la sierra, el valle, su país, en fin, su pobre aldea, y en ella su madre que á la hora aquella estaría sentada junto á la lumbre con la cazuela en las faldas echando las rebanadillas que cortara de la hogaza y suspirando ó rezando por él; y su padre en tanto estaría quitándose las albarcas ó haciendo un cigarro, y repitiendo una vez más que lo que al chico le convenía era *espabilarse* en el servicio y correr tierras. Al pobre Antoñete más le interesaba el recuerdo de su madre; á nadie se lo hubiera dicho, se hubieran reído de él; pero se acordaba del momento en que alejándose aturdido por la algazara que él y los

quintos del lugar habían armado cantando y tocando las vihuelas por el pueblo, dijo á su madre: ¡Madre adios y buen ánimo, que no vamos á cosa mala! Como una loba se hubiera ido tras él, según le dijo después su padre al despedirse en el cruce de los caminos, donde Antoñete un año antes había despedido á Isabel que iba de criada á Madrid, llevando un pañuelo grande de algodón y en él todo su equipaje. La Isabelilla estaba en Madrid y Antoñete guardaba en un papel escrito con letras como puños las señas de la casa donde servía.

¿Qué diría cuando le viera con el uniforme! Bendito Dios. ¡Lo que había de reír! No había de darle mucho respeto la vestimenta del soldado.

¡Mas calla! ¡Virgen del Cubillo! Si lo dijeran no habían de creerle, pues no acababa de ver entrar en una hermosa tienda una muchacha tal y como la Isabelica, de su altura, de su aire y de su misma cara. Dióle un salto el corazón y el soldado se dirigió al comercio aquel y miró por el escaparate, que lleno de quesos colorados y redondos, cajas de galletas, botes, pirámides de azúcar y botellas de licor, estaba iluminado con tres mecheros de tulipán sostenidos por la figura de bronce de un negrazo formidable.

Sí, ¡cielo bendito! Era la Isabelica, la misma, la misma. Antoñete no se atrevía á entrar, aguardaría á que ella saliese; en efecto, esperó y no esperó mucho, porque la moza se echó de la puerta á la calle llevando un gran papelón de envoltorio y una linda cestita al brazo.

Llegóse á ella Antoñete, tiróla de las faldas exclamando: ¡Isabelica, Isabelica!

—¡Vaya enhoramala, estúpido! replicó la muchacha volviéndose y mostrando vivo enojo.

Al ver la cara de la moza Antoñete, se quedó helado; no era aquella muchacha la Isabelica; pero como se le parecía, hubiera podido jurar que era ella.

—Pensé que eras una de mi pueblo, dijo el soldado por disculparse.

—¡Eras! ¿En qué figón hemos comido juntos? Jesús, qué ganso!—exclamó alejándose la desconocida con vivo paso, zarandeo de sayas y al compás del contonear de su cuerpo.

Ocho día después, Antoñete é Isabelica, muy juntos y muy gozosos, volvían del Tío Vivo y del baile, amenguando un depósito de cascajillo, de que llevaba cuasi repleto un pañuelo Isabelilla. Aquella mañana, Antoñete se había dirigido á donde le indicaban las señas.

Encontró á su paisana en el portal de una casa magnífica; aquella tarde tocaba á Isabel salir de paseo. Antoñete la aguardó en la calle, y luego se fueron de paseo á las afueras, dieron vueltas en el Tío Vivo, merendaron en un praduelo, y cuando iban los faroleros encendiendo las farolas, volvieron á Madrid.

¿Qué burla hizo Isabelica al bisono soldado; qué de reír cuando éste le contó lo que le había ocurrido, equivocando á otra con ella; qué de preguntar y responder acerca del pueblo y de lo en él acaecido, desde que Isabelica faltaba!

¡Cualquiera pensará que somos novios, exclamó de pronto la moza un tanto confusa; no, pues yo sentiría que me viese alguno de los señores que van á la casa, porque la señorita es más mal pensada!...

No estaría yo mucho tiempo en esta casa; pero está malo el servicio.

Aquí dan buena soldada y comida ¡uf!

¡Mi amo es bolsista; en la casa ninguno como Angelito, el niño de la señora, le tengo una ley á la criatura, es más agradecido al cariño que se le tiene, que un pajarillo y más lindo que un San Juanito!

Hablando, hablando, ya de vuelta de su paseo llegaron á una calle frente á un majestuoso edificio, en cuya puerta había un reloj de esfera trasparente é iluminada. Isabelica dijo que era forzoso separarse, que ya faltaba poco para la hora de la lista, y ambos pensaron con pena en que no podrían verse hasta pasados quince días, y cogidos de la mano sin saber por qué se miraban sonriendo y embobados! En esto dióle un empujoncillo Antoñete á la moza, diciéndola:

—Te acuerdas de cuando éramos chicos, y cómo nos abrazábamos? eso que hacíamos como que éramos novios... ¿te acuerdas?

—Adios, adios, dijo Isabelica con apesuramiento.

—Anda ingrata, si parece que no te he visto en mi vida, y me da gozo la novedad.

Déjame Antoñico, exclamó la muchacha, hacien-

do sin duda mucho esfuerzo como por desasir sus manos de las del soldado, que las aprensaba en las suyas robustas, ardorosas, ásperas aún por el trabajo del campo. Mira que no estamos en la Vega de las Moreras, ni en la Cuesta del Molino, añadió sonriente Isabelica. Libre por fin, partió el casco del pañuelo con el soldado, y dándole un clavel que llevaba en la boca, le dijo con toda la franqueza de su sencillo corazón:

—Anda; para que chupes si te amarga alguna cosa.

Y se despidieron, no tan contenta Isabelica, y algo más triste el soldado, que debía apresurarse por no faltar á la lista, y temía llegar al lóbrego cuartel á sufrir allí la brusquedad de los que mandan, y soportar las necias burlas de los camaradas; pero iba saboreando el tallo del clavel que, á la verdad, parecía dulcísimo.

La moza mereció una reprensión de sus amos, y el soldado un arresto de cinco días en el cuartel.

II

Isabel, á los pocos días, se hallaba acostando al niño de su señorita; éste, bullicioso y retozón, charlando y agitando alegremente sus bracitos, juguetaba con la criada; se resistió algún tiempo á dejarse desnudar y consintió, por fin, que le metiese ésta en la cama, bajo la condición de que había de contarle aquella, como todas las noches, un lindo cuento de encantamientos; Isabel repitió uno de los muchos que el niño le había oído ya, y quedóse dulce y profundamente en tranquilo sueño.

La moza durmióse á su vez. Los señores estaban fuera; el señor en el casino, ó sabe Dios dónde, y la señora en el teatro Real.

Un ruido se produjo entre la cuna y la pared, que despertó á Isabel; abrió los ojos, miró á todas partes, debía de ser tarde, ella había oído algo, pero no se explicaba cuál era la causa de su espanto, y sin embargo, éste la hacía temblar.

El ruido se repitió, era que la cuna era movida sin duda por la repentina agitación del niño; miró á éste y le halló víctima de una violenta agitación.

—¡Angelito! ¡Angelito! ¡niño! ¡despierta, niño mió! ¡Dios santo, el niño está muy malo, decía Isabel! ¡Qué palidez la de su carita! ¡Cuán hundidos tiene los ojos, y qué negrura les mancha alrededor! ¡Será que le ataca la epidemia del cólera repentinamente! Y estoy sola con ese bruto de criado. Julián, Julián, vaya V. casa del médico, gritó asomándose al pasillo, el niño se pone muy malo.

En efecto, el niño estaba descarnado, con un color amarillo y violáceo en el rostro, se alzaba como si deseara respirar y le faltase aire; una extraña convulsión agitaba sus extremidades y un frío glacial paralizaba la vida en su cuerpo.

—¡Ah, no hay duda, esto debe ser el cólera, se dijo aterrada Isabelica; acudió á la cocina, preparó una cataplasma de harina de linaza, y un cocimiento de yerba-buena, echó láudano, dióle lavatorio interno con éste, púsole aquella y se le ocurrió acostarse y llevarse á su cama el niño para que entrase en reacción.

Cuando el médico llegó, el niño estaba salvado; pero no parecía sino que el frío y la convulsión, la palidez y la rigidez, los síntomas todos de la enfermedad del niño, habían sido transmitidos á Isabel.

Cuando sus amos llegaron no dieron importancia á la enfermedad del niño; aquello no había sido nada.

—¡Ah! pero esta mujer no tiene nada bueno, dijo la señora llena de aprensiones; es necesario dar aviso á la Casa de Socorro.

Y así fué; que al poco tiempo llegó un médico, al cual los amos suplicaron que mandase aquella enferma al hospital, y cinco camilleros la trasladaron en una camilla á uno de los hospitales de la corte.

El sereno iba delante, guiando con el farolillo de débil claridad pendiente del chuzo.

La casa de los amos fué fumigada, y se suplicó á los porteros que procurasen hablar lo menos posible del suceso.

A los quince días de haberse despedido Antoñete de Isabel, esperó en vano en el sitio elegido por ellos para reunirse, y fué á la casa y allí le dijeron que había sido despedida, y ó no supieron ó no quisieron darle las señas de su paradero.

Y Antoñete debía salir de Madrid con su regimiento al día siguiente; los carlistas habían aparecido en partidas sueltas y armadas y recorrían las provincias.

Bajo su guerrera azul, en su pecho llevaba el pobre Antoñete en una bolsa, entre las cartas de su madre, seco y místico el clavel que Isabelica le había dado.

III

Han pasado cinco meses; Antoñete se halla con su regimiento acampado en las cercanías de Somorrostro; una profunda pena le ahoga; su padre había muerto no hacía aún mes y medio, y su madre se hallaba muy enferma. De Isabel había tenido por casualidad noticias, y aun la había dirigido dos cartas que él dictó al cabo de su compañía; en una de ellas manifestaba el mozo su pena por la muerte del padre, y decía á la moza que no podía olvidarla, y que pedía á la Santísima Virgen del Cubillo la librería de todo peligro, para que en tomando la licencia «pudiese él ser hombre de hacer lo que el corazón le pedía á voces.»

Tuvo una grata respuesta á tales cartas, y fué el más dulce consuelo que había recibido en su vida.

Pasando por abruptos lugares, ascendiendo por pendientes casi inaccesibles, heridos sus pies, desgarrado el vestido por los zarzales, sintiendo el silbido de las balas, viendo nublado el espacio por el humo denso y gris azulado de la pólvora, obedeciendo á los vigorosos gritos de los oficiales entraron en acción al siguiente día; en lo más extremado de aquellas alturas estaba el enemigo; era forzoso arrojarle de allí.

—¡Animo, muchachos!—gritaba el sargento, y aún añadía á este grito más ásperos apóstrofes.

Oíase la voz ardorosa del oficial que mandaba el pelotón donde iba Antoñete, y aun se le veía por entre la neblina, con su ros encajado hasta las cejas y sujeto por la correilla á la barba; la faz demudada de cólera, el brazo extendido y en él una pequeña carabina remington.

—No dormirse, zopencos, adelante. ¡Paso de carga... marchen!

En medio del silbar de las balas y las detonaciones de la fusilería, el vocerío de unos y otros y el vibrar de los clarines que flagelaba el aire, Antoñete, enardecido y aturdido, sintiéndose llevar por el furioso impulso de aquel furioso turbión, avanzaba, avanzaba y con todos llegó á la altura, y allí con todos en medio de la espesa nube que envuelve al soldado en los grandes y supremos instantes de la batalla, quedó sosteniendo una terrible lucha.

IV

La Maruja la de Arbozales se casa con un mozo de Quintaneja; y la vocinglera gaita toca á jolgorio y el tamborín alarma.

Una pobre vieja no participa de la alegría general, y junto al pobre maestro del lugar se halla en la parte del camino de Segovia, sentada en la fuente de las Leñosas esperando oír el vivo cascabeleo del caballo y ver aparecer éste y en él el correo que deja todos los días un periódico al señor maestro.

Los altos álamos de la huerta de San Martín se mueven lentamente á impulso del viento y sus hojas se agitan como alas de millares de insectos, más bien dotadas de movimiento propio que movidas al invisible soplo; la aldea aparece con sus tapias de oscuras piedras de un color tan triste como el del nublado cielo, por el cual lentamente cruzan bajo unas cenicientas negras masas de nubes; oíase la gaitilla y la madre pensaba en lo que había de gozar Antoñete si allí estuviera aquel día.

Al fin llegó el correo; sacó de la balija el periódico y se lo dió al maestro.

—Lea por Dios, D. Cayetano, y mire á ver qué dicen de la guerra—exclamó la anciana.

Calóse las antiparras el maestro, desdobló el papel y leyó:

¿Sabe usted, que aprieta la epidemia en Madrid? En el Hospital sólo, han muerto ciento, mire usted; y enseñó la cifra á la anciana.

«Ciento».

—Y esto quiere decir: ciento; ¡qué horror! Si estará en el Hospital la Isabelica, la de acá, que, según dijo el señor Pablo, había caído mala. ¡Como la pobre no tiene á nadie en el mundo, habrá ido al Hospital; pero por Dios, D. Cayetano, diga lo que hablan de la guerra.

El viejo leyó con entusiasmo que las tropas liberales, en las yermas alturas de Somorrostro habían recogido inmarcesibles laureles; las bajas habían sido bastantes, calculábase en mil, y el viejo mostró la cifra impresa: mil.

—¡Ay, Dios mio! en esos mil, y en aquellos ciento, van mis hijos.

La alegre gaitilla impertinente como chillona y loca anunciaba el comenzar del baile; aquella boda trajo al recuerdo otra deseada y no realizada.

El presentimiento había resultado cierto.

De Antoñete é Isabel quedaba memoria en aquellos dos ceros, en aquellas cifras iban comprendidos su vida, la estadística, cementerio que en datos recoge el polvo de los hechos, tenía para ambos dos distintas clasificaciones; sólo la pobre vieja lloraba á su hijo, lloraba á Isabel, lloraba el encanto de una felicidad que se había reducido á la nada.

JOSE ZAHONERO.

SONETO

Dejar de ver mis ojos por no verte,
Enmudecer mis labios por no hablarte,
La esperanza perder, por no esperarte,
Por no vivir sin tí, buscar la muerte.
Sentir el corazón frío é inerte
Cuando empezó su vida por amarte
No postrarme á tus pies para adorarte
Soñando unir mi suerte con tu suerte.
En mis pupilas extinguir el llanto
Llenar mi corazón de estóica calma,
Sepultar en mi ser delirio tanto
De ello tal vez conseguiré la palma.
Pero ¡ay! que haciendo eterno mi quebranto
Siempre tu nombre vivirá en mi alma.

R. ORTIZ Y BENEYTO

SONRISAS

Una sonrisa de sus labios rojos
me dijo que me amaba,
otra sonrisa dice á mis enojos
que de olvidarme acaba.
¿Por qué sí hoy, como ayer, veo sus labios
movidos de igual suerte,
la sonrisa de ayer me dió la vida
y esta me dió la muerte?
Es que ví ayer en su mirada, el fuego
de un alma que delira,
y hoy pasa sonriéndose á mi lado
la ingrata, y no me mira.

R. ORTIZ Y BENEYTO

REVISTA DE MADRID

Más que otra cosa sorá esta revista, lector querido, revista de verano. Y digo de verano como pudiera decir ligera, insustancial, incolora y porque además servirá para evidenciar mi insuficiencia y falta de dotes literarias para llenar cumplidamente el objeto.

Escaso es en esta época del año el movimiento artístico y literario de Madrid; pero en el año actual, lo es mucho más a causa del estado sanitario y político de nuestra patria.

Entre los escasos libros publicados en el verano actual, encuentro uno que merece por completo mis simpatías. Titúlase *El Monigote*, y es una novela producto del chispeante y regocijado ingenio de Constantino Gil.

Quien no conozca ninguna de las obras de Constantino Gil, no puede llegar á formarse perfecta idea del aticismo é inimitable gracia que resplandece en ellas. Léasele en su *Derecho cómico-conyugal*, en sus *Cantos de un mudo*, en sus *Postergados* ó en cualquiera de sus otros libros y siempre se descubrirá al hablista correcto y castizo, al perfecto conocedor de nuestros clásicos, aquellos que cultivaron el arte y rindieron gracias á la belleza, y al hombre de buen gusto y de exquisito tacto en la elección del asunto que se ha propuesto tratar.

Con su novela *El Monigote* ha revelado una vez más Constantino Gil cuán digno es de estima y respeto un hombre que ha dedicado su juventud entera al cultivo de las letras españolas, sin aspirar á otra recompensa que la de que pueda llamársele con justicia el propagador de la gracia y el buen gusto, y el mantenedor de la buena forma en el decir, no reñida con lo atrevido del pensamiento ni con el naturalismo naciente.

El libro de Constantino Gil deja en el alma una profunda impresión, en que se mezclan dolor y placer: el dolor de las miserias y tristezas del mundo, contempladas en su espejo fiel, el arte del escritor, y el placer estético de saborear el dejo inefable de una delicada obra

de arte, placer en que hay algo de orgullo para los que no sabiendo producir tales primores, nos preciamos de saber quilatarlos, gustarlos y sentirlos en el fondo del alma.

Constantino Gil nos ha probado suficientemente con *El Monigote* que posee especiales aptitudes, para la novela psicológica, basada principalmente en el estudio atento y la pintura fiel de los caracteres, en la descripción de las luchas, que pasiones é intereses, deberes y sentimientos, libran en el fondo de la conciencia humana, cuyo resultado es una intencionada, profunda y trascendental enseñanza.

Cumplido nuestro propósito de dar cuenta de la aparición de este libro, cuyo detenido análisis dejamos para otro lugar, pasaremos, con permiso de nuestros complacientes lectores, á otro asunto.

Dice un antiguo adagio, que en Agosto frío en rostro; pero este adagio no tiene nada que ver sin duda con el Agosto del año actual.

Los habitantes de la villa del oso andamos constantemente en busca de un término medio entre el calor y el frío: buscamos con ansia infinita el fresco.

La sociedad en masa, la sociedad al menos de nuestro clima, se dedica actualmente á esta importante tarea; de día á ansiar la llegada de la noche para tomar el fresco; de noche á tomarle con avidez y á sentir anticipadamente no poder hacer lo mismo durante el día.

Si el fresco se comprara siempre con dinero, muchos millonarios se arruinarían.

Yo sé, sin embargo, una receta económica que bajo secreto, quiero revelar á ustedes, para suplir la falta de fresco.

Cuando el calor sea más abrumador y angustioso, piensen ustedes en el invierno; figúrense que todos sus semejantes se están helando de frío, y esta considera-

ción les hará bendecir el calor que por merced especial, Dios-les envía.

Es indudable que uno de los defectos más principales de la humanidad, es la ingratitud.

La humanidad es de todo punto incomprensible. Solicita y recibe favores de los mismos á quienes, en pago sin duda, critica y menosprecia.

Hay ciertos seres en el mundo que son el blanco de la más negra ingratitud, acaso porque todavía no han sido comprendidos ni apreciados como ellos se merecen.

Estos seres, verdaderamente dignos de la admiración general, han tomado á su cargo enjugar todas las lágrimas y remediar todos los infortunios, siendo tanta su abnegación y tanto el amor que sienten hacia sus semejantes, que han concluido por ser la Providencia de los desvalidos.

Ahora bien: los que así se conducen, los que practican tan admirablemente la caridad y se ocupan sin tregua en el ejercicio de las buenas obras, no inspiran otra cosa que horror y desprecio, ó son miradas, cuando menos, con una marcadísima prevención.

Cualquiera diría que la ingratitud es inherente á la desgracia, porque de otro modo no se comprende la feroz antipatía que guarda la generalidad de las personas para la benemérita clase de *usureros*, formada única y exclusivamente, por los bondadosos seres de que vamos hablando.

La abnegación y el desinterés de los usureros no merecen otra cosa que ingratiitudes y sofiones.

Buena prueba de ello es la *Sátira contra la usura*, escrita por el joven é inspirado poeta Carlos Luis de Cuenca, y premiada en el certamen científico del Ateneo logroñés de 1855.

La lectura de la preciosa *Sátira contra la usura* me inspiró las líneas que anteceden.

La *Sátira*, escrita por el Sr. Cuenca, puede pasar in-

dudablemente por un modelo en este género de poesía, tan bello como poco cultivado en nuestra época.

La sátira, para que produzca el efecto que se propone el escritor, ha de ser la manifestación poética de un elemento estético y moral de extraordinaria importancia.

Sin este elemento, lo satírico no se muestra bajo el aspecto cómico crítico.

Entraña este género poético una oposición entre la realidad objetiva y la conciencia del poeta; pero esta oposición puede ofrecer un carácter objetivo á subjetivo, que den á este género un aspecto más épico que lírico ó viceversa.

El Sr. Cuenca, al escribir su *Sátira contra la usura*, ha sabido contenerse dentro de los estrechos límites en que puede moverse este género de poesía, huyendo tanto de lo épico como de lo lírico. Excitado poderosamente su sentimiento contra la usura que combate, se encara con ella, condenándola airado á nombre de los sentimientos más nobles heridos de su conciencia indignada, de su razón, sublevada contra la usura, que considera cual realidad odiosa y ridícula.

Es principio inconcuso que la *Sátira* puede ejercer una acción educadora y entrañar una saludable enseñanza. Estas condiciones las llena por completo la *Sátira* del Sr. Cuenca, aunque no es la exposición metódica de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno; es únicamente el espontáneo movimiento de su espíritu satírico contra la usura, que subleva su alma generosa.

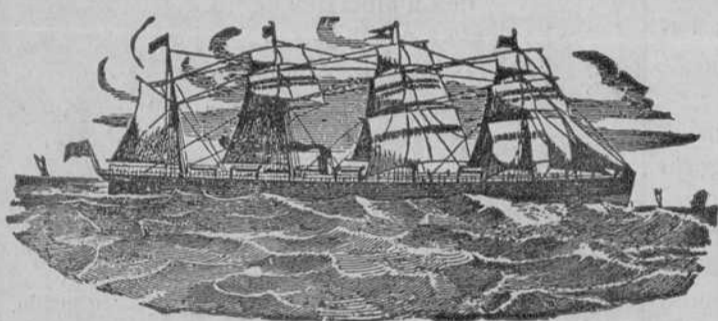
Saludamos desde este sitio la aparición de un notabilísimo poeta satírico, de que tan necesitada se encuentra nuestra literatura.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA

COMPañIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *España*.

El 20, de Santander, *Ménder Núñez*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapur, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.^o, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.^o de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomaho, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscriptores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscriptores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA

1.^o *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMOS ILLUSTRÉS

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13